142

4210

ERNESTO,

Drama en cinco actos, en prosa.

Traduccion libre de la ANGELA de Alejandro Dumas,

POR

Juan Eugenio Hartzenbusch.

GALERIA DRAMATICA de Delgado hermanos.

MADRID, 1867.

Imprenta de los Hijos de Doña Catalina Piñuela,

calle del Amor de Dios, número 7.

PERSONAS.

ERNESTO DE ALVIMAR.

ENRIQUE MULER.

LA CONDESA DE GASTON.

ANGELA.

CAROLINA.

GENOVEVA.

LUISA. }
JUANA. } *Criadas.*
FANI. }

DOMINGO.

UN CAZADOR.

UN ESCRIBANO.

Varios criados y criadas.

Los dos primeros actos pasan en una casa de baños de Cotterets, pueblo de los Pirineos, y los tres últimos en París.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un cuarto de la casa de baños: á un lado dos ventanas: al otro dos puertas, y en el fondo una alcoba con un gabinetito de vestir á cada lado.

ESCENA PRIMERA.

ERNESTO. CAROLINA.

Ernes. (*Saliendo por uno de los gabinetes.*) Aquí me teneis, Carolina; no direis que no os he obedecido pronto.

Carol. Pero, ¡entrar por esa puerta escusada....

Ernes. ¿Con qué fin me dísteis la llave?

Carol. Si os vieran, ¿qué dirían los concurrentes á los baños?

Ernes. Por no ir hasta la escalera principal....

Carol. En efecto, no merece tamaño sacrificio la reputacion de una muger.

Ernes. ¿Me habeis incomodado para echarme un sermon?

Carol ¡Incomodado! la espresion es urbana.

Ernes. Pues es la mas propia para mi idea.

Carol. Nunca os he oido hablar así.

Ernes. Como que es esta la vez primera que os digo lo que siento.

Carol. ¡Ah! si yo os hubiese conocido antes!

Ernes. ¿Qué hubiérais hecho entonces?

Carol. No haberos amado, Ernesto.

Ernes. Hubiérais hecho bien, Carolina.

Carol. Decidme que es una chanza, aunque chanza

*

669098

muy cruel, lo que os escucho. ¿Verdad, verdad, que os burlais?

Ernes. En mi vida hablé tan formal. Yo no pretendia inspiraros una pasion; yo solo quise mereceros un capricho.

Carol. Vos os complaceis en atormentarme.

Ernes. El tormento le sufro yo al tener que desimpresionaros. Sentémonos, Carolina. Acordaos de mi modo de proceder con vos, y me hareis justicia. Cuando ví que de una aficion momentánea, cual yo queria, pasábais á un amor verdadero, consideré que era preciso atajaros; pretesté un viage para tomar los baños, y me vine aquí, no poco receloso de que no dejaríais de cometer alguna imprudencia que nos perjudicase igualmente. Justificásteis mis temores bien pronto; diciendo que érais mi hermana, os presentásteis un dia en Cotterets, alegando que no podíais vivir sin mí.

Carol. Si os queria tanto, que me era insoportable la ausencia vuestra.

Ernes. Tal vez al dia siguiente hubiérais temido mi regreso.

Carol. Pero, desventurado, ¿no creeis nada vos?

Ernes. Creo lo que veo; y veo lo que ha de suceder.

Carol. Vuestro lenguage aterra.

Ernes. Porque no disfraza la verdad.

Carol. ¿Dónde habeis estudiado el mundo?

Ernes. En él.

Carol. ¿Y sin duda os creeis mejor que los demas?

Ernes. Lo fuí.

Carol. ¿Y os cansásteis de serlo?

Ernes. La vida humana comunmente se divide en dos partes enteramente distintas; en la primera

nos engañan todos.....

Carol. ¿Y en la segunda?

Ernes. Nos desquitamos.

Carol. ¿Y os hallais en esa?

Ernes. Treinta y tres años tengo....

Carol. ¿Es un sueño lo que me pasa?

Ernes. Vos, Carolina, no sois una muger vulgar. Escuchad, y me conocereis.

Carol. Demasiado os conozco ya por mi desgracia.

Ernes. Y si con palabras sínceras os libro del amor que supe crear con palabras de lisonja, ¿no me debereis un escarmiento saludable?

Carol. Yo os hubiera estimado que no me hubiéseis elegido por discípula. Pero hablad.

Ernes. No siempre mi corazon ha vivido sin ilusiones como ahora vive, Carolina. Ernesto de Alvimar entró en la vida por una puerta dorada; mi padre poseía bienes inmensos, y yo era su hijo único. Veinte y un años tenia yo en 1819 cuando la muerte me arrebató el padre, y un pleito injusto la hacienda. De los restos de mi fortuna recogí unos veinte mil francos, suma que no llegaba á la mitad de la que antes gastaba en un año. La educacion de universidad que habia recibido, y que me habia hecho el primero del colegio, nada me habia enseñado para la vida real. De todo tenia nociones, nada sabia ejercer. Dividí la corta cantidad que me quedaba en cuatro partes, y me señalé el plazo de cuatro años para restablecer mi posicion, ó crearme otra, sirviéndome de los medios decorosos con que la industria arma la mano del hombre. Todo lo emprendí, á todo me apliqué en aquellos cuatro años, durante los cuales consumí fuerzas y valor, que hubieran bastado á una existencia entera de padecer; y al cabo de es-

te término me hallé arruinado, cansado de todo, sin un amigo en la tierra, sin un pariente en el mundo, en el último grado de infelicidad á que puede llegar criatura humana; y sin tener, á pesar de todo, una accion inicua de que pedir perdon á Dios.

Carol. Ernesto, no exagereis, si quereis que os crea. Hoy no sois para mí el hombre de ayer.

Ernes. Entonces tendí la vista por la haz del mundo, y como si se les hubiese descorrido un velo á mis ojos, cada cosa se me presentó en su verdadera forma. Convencido de que el mal particular concurria al bien general, me pareció que tenia un derecho incontestable para devolver á los individuos el daño que la sociedad me habia hecho, siempre que del perjuicio ageno resultase un bien para mí.

Carol. ¡Muy bien discurrido! porque á vos os faltó suerte, ó habilidad, para adquirir una brillante fortuna, os creísteis autorizado para haceros un perverso. ¡Escelente moral! muy cómoda á lo menos. Seguid vuestra narracion, cada vez os oigo mas tranquila.

Ernes. Reflexioné, y me pareció que verdaderamente sería un golpe maestro tornar á construir con las débiles y blandas manos de las mugeres la armazon de fortuna que la férrea diestra de los sucesos y de los hombres me habian derribado. Desde aquel punto puse mi corazon en venta; la primera declaracion amorosa que hice me valió un empleo, un abrazo la Cruz de san Luis. Especulando con el valimiento de mis queridas, obtuve para mí sin quitar nada á nadie; dejándolas, con una riña á tiempo, en el pleno goce de su influjo, cuando notaba que por mí se exponian á

perderle. Ved ahora mi situacion. Este alzamiento de Julio, ese huracan de tres dias, cuyo soplo ha barrido del suelo francés á la antigua Córte, acaba de destruir el edificio que seis años de cálculos y de afanes habian apenas levantado. El brazo desnudo del pueblo acaba de arrancarme mis pensiones, mis títulos, mis veneras; me veo en la precision de principiarlo todo, de rehacerlo todo; y tengo treinta y tres años.... ¡Treinta y tres! y aquí, (*Dándose en el pecho.*) aquí un hastío, como el que tiene el hombre que muere harto de vivir. ¡Oh! yo creo que cambiaría gustoso esta existencia robusta en fuerzas y en salud, por los doloridos dias de ese Enrique Muler, hijo de nuestro huésped; ese jóven, que tal vez morirá antes de un año, pero que morirá vueltos los ojos hácia la vida, sintiendo dejar este mundo, y esperando en otro.

Carol. Me habeis despedazado el corazon, Ernesto, y sin embargo me causais lástima; pero lástima que no me debeis agradecer. Respondedme á una pregunta. Ninguna de esas mugeres que han sido instrumento de vuestra ambicion ¿ninguna os ha amado?

Ernes. Todas me han dicho que sí, y todas me han abandonado sin pesadumbre, ó se han alegrado de que yo las abandonase: me creo, pues, autorizado para dudar de la sinceridad de su cariño.

Carol. Y ahora ¿qué pensais hacer?

Ernes. Os he dicho que lo he perdido todo.

Carol. Todo.... Yo tambien: la herencia que me dejó mi marido consistia en pensiones y empleos en la casa del rey destronado; pero me queda valor de casi cuarenta mil francos en diamantes: partámoslos.

Ernes. Os agradezco tan generosa oferta, Carolina; pero guardad esas joyas: vos no me habeis comprendido.

Carol. ¡Y qué será de vos?

Ernes. Os he dicho que tenia que reedificar un edificio.

Carol. Ireis á emprender la obra.

Ernes. La he emprendido ya.

Carol. ¡Cómo! ¿esa Angela, esa niña con quien ha un momento hablábais en el jardin?

Ernes. Será la primera piedra de la fábrica.

(*Carolina llama con la campanilla: sale una criada.*)

Carol. Juana, que pongan al momento el coche. (*Váse Juana.*)

Ernes. ¿Os marchais?

Carol. Me marcho.

Ernes. No necesito deciros....

Carol. Que no me acompañais, ya lo supongo.

Ernes. ¿Y á dónde vais?

Carol. ¿Qué sé yo? A encerrarme, á sepultarme en un retiro.

Ernes. ¿Para qué? ¿Qué hareis allí?

Carol. Llorar mi imprudencia.

Ernes. Carolina, antes de un año os he de ver en medio del mundo con perlas al cuello, y flores en la cabeza.

Carol. Vos olvidais que he perdido fortuna y posicion.

Ernes. Jóven sois, sois bella, sois amable: un casamiento puede conservaros la posicion, y reparar vuestra fortuna. Mas risueña perspectiva os ofrece el porvenir á vos que á mí.

Carol. Esa expresion en vuestra boca, sino es un mero cumplimiento, es un cruel sarcasmo: pero á despecho vuestro decís la verdad. Yo jamas he

hecho mal á nadie, ni aun con el pensamiento: mi amor á vos, solo puede haberme perjudicado á mí, y en la desgracia tengo un derecho á la compasion de los hombres. Pero vos que amais por cálculo, que obrais mal por sistema, que todo lo sacrificais á vuestra utilidad propia, que haceis mil víctimas á cada paso, levantais en derredor vuestro un ejército de enemigos tan numeroso, como implacable; y á vuestra ruina, de que nadie querrá libertaros, porque no habrá quien no os aborrezca, la sociedad toda prorrumpirá en una voz de parabien. (*Sale Juana.*)

Juana. Señora, el postillon está enganchando.

Carol. Bien: ayúdame á hacer los preparativos de marcha.—Ernesto, aquí me despido de vos; bajaré por la escalera escusada.

Ernes. Es decir que no quereis verme otra vez.

Carol. Creo que os escuso un mal rato.

Ernes. Carolina, que seais dichosa.

Carol. No me atrevo á pedir lo mismo para vos, porque sería blasfemar de la Providencia. (*Vánse Carolina y Juana.*)

ESCENA II.

ERNESTO.

Me amaba esta muger; me ha querido verdaderamente. Pero la necesidad es sorda y ciega. (*Mirando al cuarto donde ha entrado Carolina.*) Cerrando está sus cofres.... A pesar mio, mi corazon la llama. Mudemos el punto de vista. (*Asómase á una ventana.*) Angela aun permanece allí, con su belleza de niña, con todas las gracias de la inocencia. Es el partido que me conviene.

Hija del general Conde de Gaston, muerto en la batalla de Waterloo, lejos de su madre, aunque no tardará en volver de España, confiada al cuidado de una tia necia.... Es pobre, sí, pero el nuevo gobierno, vacilante aún en su base medio popular, y sobrado débil para fundar un sistema nuevo, no tiene otro recurso que echarse en brazos de los hombres de Napoleon: y no ha de pasar un mes sin que reponga en sus destinos á todas las capacidades de 1812. La Condesa de Gaston ha conservado sobre esta nobleza de espada y charreteras la gran influencia que la presta el apellido de su esposo. No hay destino á que no pueda ascender su yerno. Por lo mismo tal vez me rehuse la mano de su hija; pero Angela me ama, y yo sabré aprovechar el tiempo y la ocasion. (*Volviendo la vista hácia la puerta.*) Enrique Muler; este hombre cada dia tiene peor semblante: de poco le sirve el ser médico.

ESCENA III.

ENRIQUE. ERNESTO.

Enri. Buenas tardes, señor de Alvimar. Venia á preguntaros si vuestra señora hermana regresa á París, ó sale únicamente á hacer una correría por estas montañas.

Ernes. Vuelve á París, señor Enrique. No estrañeis que haya emprendido el viage á estas horas....

Enri. En efecto, á la caida de la tarde....

Ernes. Dormirá esta noche en la posesion de una amiga suya.

Enri. De modo que este que era su cuarto, queda ya libre.

nes. Desde ahora está á vuestra disposicion.

nri. Lo digo porque, como es el mejor de la casa, piensa mi padre ofrecérselo á la señorita Angela de Gaston.

rnes. Seguramente el cuarto es muy cómodo.

nri. Y como llegará la Condesa su madre...

rnes. ¿Cuándo?

nri. Mañana.

rnes. ¡Ola! (*Aparte.*) Veinte y cuatro horas tengo, y la llave del cuarto. (*A Enrique.*) Aprovecho con el mayor gusto esta ocasion de complaceros.

nri. Mil gracias.—Temia la señorita Angela....

rnes. Voy á tranquilizarla.

nri. Está en el jardin con su tia.

rnes. Sí, ya lo sé. Mandaré á mi criado Domingo que saque de aquí los trastos mios que hubiere. Hasta luego. (*Váse.*)

ESCENA IV.

ENRIQUE, *y despues* DOMINGO.

nri. ¿Con que esta es la habitacion en que va á vivir Angela? ¿Este cuarto el suyo? En este confidente en que estoy yo, se arrodillará por las noches, y al dirigir sus oraciones á Dios, mezclará acaso en ellas mi nombre, porque rogará por todos los que padecen. Allí despues reposará entre ensueños puros como los de los ángeles. ¡Oh jóven! ¡Que amena, que alegre es la existencia para tí! Al verla tan inocente y tan pura, ¿cual es, no digo el hombre, cual es el espíritu infernal que intentaria manchar la candidez de su vida? Dios te la prolongue con todos los dias que falten á la de este desventurado. (*Mientras Enrique pro-*

nuncia débil y lentamente estas palabras, dos criadas entran á arreglar el cuarto, y Domingo coge algunos chismes.)

Dom. Esto es lo que tengo que llevarme, señor Enrique.

Enri. Muy bien. ¿Y la llave?

Dom. Puesta queda.

Enri. Hacedme el favor de decir á esas señoras que ya pueden venir. (*Váse Domingo, Enrique se llega despacio á la ventana.*) Allí está. ¡Que felicidad se retrata en su semblante! No se aparta de su lado ese Ernesto; aquí viene con ella. ¿Qué necesidad tiene de acompañarla siempre? (*Tose, y con el ademan del dolor se aplica la mano al pecho.*) Me mata este calor.

Ernes. (*Dentro.*) Por aquí, señoras, por aquí.

ESCENA V.

GENOVEVA. ERNESTO. ANGELA. ENRIQUE.

Geno. Pues esta aventura acaeció á una amiga mia, que es la que me la ha contado.

Ernes. Por fortuna ahora no se repiten lances tan horrorosos. (*Aparte.*) ¡Todavía está aquí Enrique! (*A él.*) Vos como hijo del amo del establecimiento, habeis querido instalar á estas señoras.

Enri. He cuidado de que nada les faltase.

Ang. Os doy las gracias.

Geno. ¡Ay! ¿Es mi cuarto tan grande como este? Entonces me muero de miedo allí.

Enri. Es mucho mas reducido.

Geno. Me alegro. ¿Y cuál es?

Enri. Este.

Geno. Señor Enrique, tened la bondad de acompañarme....

Ang. Sí, porque mi buena tia es la miedosa mayor que se ha visto.

Enri. Pasemos á ver el cuarto, señora.

Ceno. Suceden tantas desgracias.... Mirad, cien veces me ha contado una señora del convento donde estaba yo.... (*Váse con Enrique.*)

ESCENA VI.

ERNESTO. ANGELA.

Ang. Mi pobre tia debiera hacer por desechar esos miedos infundados.

Ernes. No se lo aconsejaré yo.

Ang. ¿Y por qué?

Ernes. Porque me tienen cuenta, porque á su miedo debo el hablaros este instante.

Ang. ¡Egoista!

Ernes. ¿No lo seréis vos nunca?

Ang. Bastantes defectos tengo.

Ernes. Yo daria una de vuestras virtudes porque contrajérais ese.

Ang. Hablemos de otra cosa. ¿Con qué se ha ido vuestra hermana?

Ernes. Al coche la habreis visto subir.

Ang. Yo me figuré que venia por mas tiempo.

Ernes. Esa fué su primera intencion.

Ang. ¿No estaba aquí contenta?

Ernes. Por una leve riña que hemos tenido....

Ang. ¡Huy! ¡Dos hermanos! Yo apuesto á que ella tenia razon.

Ernes. Fallo de muger.

Ang. Que quiere decir....

Ernes. Parcial.

Ang. ¿Por qué?

Ernes. Porque juzgais de la reyerta antes de saber la causa.

Ang. Conozco mi ligereza; yo me alegraré de tener que retractarme.

Ernes. Para eso es menester que os refiera....

Ang. Preciso, y si no vuelvo á mi primera opinion

Ernes. Ya hablarémos despues.

Ang. ¿Por qué ahora no?

Ernes. Porque todavía sobra en vuestros ojos curiosidad, y falta indulgencia.

Ang. ¿Tanta severidad muestra mi semblante?

Ernes. Miradme de frente y os lo diré.

Ang. (*Sonriéndose.*) A ver.

Ernes. Pues, señor, me aventuro.

Ang. Y yo atiendo.

Ernes. Mi hermana habia proyectado casarme con una amiga suya de colegio.

Ang. ¿Bonita?

Ernes. Segun mi hermana, sí.

Ang. ¿Y segun vos?

Ernes. Tres meses há me lo parecia.

Ang. ¿Y despues?

Ernes. Hoy dije terminantemente á mi hermana que debia renunciar á su proyecto.

Ang. ¿Y eso por qué?

Ernes. Porque amo á otra.

Ang. ¿Vos?

Ernes. Creí que lo sabíais.

Ang. ¿Me habeis por ventura confiado ese secreto?

Ernes. No; pero acaso hubiérais podido adivinarle vos.

Ang. Ya, pero....

Ernes. Y como la madre de la que adoro llega mañana, y como mañana pienso declarar á la madre lo que todavía no me he atrevido á decir á la hija....

Ang. (*Atolondradamente.*) Mi madre dirá que soy muy niña aun.

Ernes. (*Con pasion.*) ¿Con qué sabeis de quien hablaba?

Ang. No abuseis de mi imprudencia.

Ernes. ¿Y qué responderá la hija?

Ang. ¿Consultarán con ella?

Ernes. Pero si consultan....

Ang. Me parece que solo entonces será cuando deba decir mi parecer.

Ernes. Angela, vos sí que abusais de vuestro poder conmigo. ¿Por qué negarme una declaracion que me es tan necesaria?

Ang. Poco á poco.

Ernes. Favorecedme al menos con vuestro consentimiento. ¿Por qué no quereis que pueda decir á vuestra madre; «no solo en nombre mio, sino en el de vuestra hija, os pido de rodillas su mano"? Sin esto, ¿qué influencia quereis que tengan mis palabras en ella? ¿Palabras de un desconocido á quien nunca vió, y que tal vez no vuelva á ver? Pero si puedo decirla al mismo tiempo, «la felicidad de vuestra hija, de la preciosa Angela, está enlazada con la mia, y la de ambos pende de vuestro labio," ¿creeis, Angela, creeis que tendrá vuestra madre valor para no pronunciar un sí? Decidme por el cielo, decídme si puedo declararme, si puedo rogar en nombre de los dos.

Ang. Mi tia.

ESCENA VII.

DICHOS. GENOVEVA *y* ENRIQUE.

Ernes. (*Aparentando que continúa una conversacion sin ver á los que llegan.*) Entonces me hallaba yo en España. ¿No habeis visto la España, señorita? Ciudades y habitantes de la edad media, el siglo quince resucitado con sus frailes, sus caballeros, sus amoríos....

Geno. Y sus salteadores.

Ernes. (*Volviendo la cabeza.*) ¡Ah!

Enri. Tranquilizaos, que no atraviesan el Vidasoa.

Ernes. Preguntad á Enrique si no es de mi parecer.

Enri. No he estado en España.

Ernes. ¡Cómo! ¿hallándoos á las puertas de la península, no habeis tenido curiosidad de ver el Prado de Madrid, el Panteon del Escorial, la Alhambra de Granada, y á Sevilla, la favorita del Sol, con su giralda, su torre del Oro, sus patios y azoteas convertidos en jardines, y su arrabal de Triana poblado de gitanos? ¡Oh! gozar bajo el cielo de la Andalucía del amor de una francesa, sería disfrutar la gloria antes de morir.

Ang. ¡Entusiasta!

Ernes. ¡Ay! vos me recordais que el entusiasmo es una flor de la juventud, cuyo fruto es el desengaño. Perdonad á mi corazon el haberse conservado mas jóven que mi edad.

Ang. ¿Y vos, Enrique, no sois entusiasta?

Enri. El entusiasmo es para el hombre feliz, como la creencia para el que padece. Yo me limito á creer: mi corazon es mas viejo que mis dias.

Ang. ¿Pues qué años os lleva Ernesto?

Ernes. Creo que diez.

Geno. Eso no es nada.

Enri. ¡ Diez años son nada, decís! Si Dios me los concediese, creería que me daba una eternidad. (*Sale Luisa con luces.*)

Luisa. Señor Enrique, vuestro padre pregunta por vos.

Enri. Ya lo veis, señoras, mi padre es como yo, calcula la rapidez del tiempo, y quiere que lo pase á su lado.

Geno. Yo se lo perdono, como nos prometais volver mañana á hacernos compañía un ratito.

Enri. Para volveros á contristar. Un médico sin salud es el mas melancólico de los dolientes.

Ang. ¿ Qué importa que nos dejeis un poco de vuestra melancolía, si llevais algo de nuestro contento?

Enri. Gracias. Vuestro contento nace del candor de vuestra alma. Vivid contenta siempre.

Geno. Alumbra con esa vela al señor Enrique; para nosotras basta el quinqué. Buenas noches, señor Enrique.

Enri. Buenas noches, señoras. (*Vánse Enrique y Luisa.*)

ESCENA VIII.

GENOVEVA. ERNESTO *y* ANGELA.

Angela y Genoveva se ponen á hacer labor, una cada lado de una mesita. Ernesto se coloca en medio de las dos, pero mas cerca de Angela.)

Geno. ¿ Y vuestra hermana, señor Ernesto, se atrevía á pasar aquí sola la noche?

Ernes. Sin el menor cuidado. (*Aparte á Angela.*) Dadme una mano, Angelita.

Geno. ¿En estos cuartos tan grandes?

Ernes. ¿Pues qué peligro quereis que haya aquí? — Por favor....

Geno. Si al menor viento que mueve esas cortinas se me antoja que hay gente escondida.

Ernes. ¡Angela! querida Angela! — Si quereis, os acompañaré á hacer una visita domiciliaria.

Geno. Ya la hemos hecho Enrique y yo.... y no tengo miedo esta noche.... pero siempre se debe tomar esa precaucion. Mirad, una señora, mi amiga, una tal.... Madama de Comon (bien la conoce Angela), me contó muchas veces una aventura que sucedió á su madre.... (*Al tiempo que Angela, cediendo á las instancias de Ernesto va á darle la mano, alza la cabeza Genoveva, y ve parada á su sobrina.*) Tú no bordas, Angelita.

Ang. Tia, sí.

Ernes. Os estaba escuchando.

Geno. Es un caso horroroso que me estremece siempre que le recuerdo.

Ang. (*A Ernesto que persiste en querer tomarla una mano.*) Señor Ernesto, que me van á reñir. (*Se desvia de él.*)

Geno. Pues, señor, la madre de Madama de Comon viajaba, solita ella, con un perrito faldero, á quien queria mucho. Cruzando la selva de Compiegne la cogió una tempestad tan furiosa, que los caballos se desbocaron, sin que el postillon pudiese hacer carrera de ellos. Enredáronse por fortuna en el poste de una legua, rompióse una rueda, y se paró el coche. Que se apea la señora, que van ella y el postillon á la única casa que por allí se veía; que los recibe un tiote con trazas, cuando menos, de contrabandista: se vá el postillon á la cuadra con los caballos, y la señora se queda en

su dormitorio. Daba grima ver aquel cuarto tan humedo y tan derrotado; las paredes tiznadas y desnudas; unas cortinas andrajosas pendian delante de las ventanas, y en el fondo habia una especie de camastro. Tal era el susto que habia inspirado á Madama de Comon su huésped, que ni siquiera tuvo aliento para registrar la pieza; se fué derechita á la cama, se echó vestida en ella, puso en una silla la luz que alumbraba ruinmente, y colocó á su lado al perrito que se habia traido debajo de la capa. Se deshacia el pobre vicho de inquieto; no paraba de gruñir, y por mas que la señora procuraba sosegarle, él aulla que te aullarás. De improviso clavó el animalito los ojos en un lado de la pieza; se le erizaron los pelos, y dejando de aullar entre dientes como hasta entonces, empezó á ladrar de firme. Madama de Comon se convenció de que allí habia algo fuera de lo regular, miró desojándose por aquella lobreguez, y al fin por debajo de la cortina, que se movia delante de la ventana, descubrió..... —Señor Ernesto, haced el favor de dar un poco mas de torcida á ese quinqué. —Descubrió los pies de un hombre... (*Ernesto dá vuelta al revés al tornillo del quinqué, y se apaga la luz.*) ¡Ay!

rnes. Perdonad, he dado la vuelta al contrario, ¡Torpe de mí!

eno. Llamad, llamad.

rnes. Sí, sí. (*Aparte á Angela besándola la mano.*) Angela, bien mio.

ng. Ernesto, dejadme. (*Bajo.*)

rnes. No hableis. (*Va á abrazarla.*)

ng. ¡Ay!

eno. ¿Qué es eso, Angela?

rnes. (*Tocando la campanilla.*) Que vuestro

cuento la ha asustado. (*Bajo á Angela.*) Recobraos Angela, recobraos, amor mio. Yo os amo sí, yo os adoro. (*Acercándose á la puerta.*) Luces aquí. ¡Que negligencia! (*Sale Luisa con dos luces.*)

Geno. ¡Ay! ya revivo.

Ang. (*Aparte á Ernesto, sentándose despues abatida.*) ¡Ah! ¡Señor Ernesto!

Ernes. Siento infinito el disgusto que os he causado.

Geno. ¡Qué! Eso es lo de menos.

Luisa. Señoras, cuando querais la cena....

Ernes. Va siendo ya tarde, y yo abuso de vuestra hospitalidad. (*A Angela.*) ¿Estais mas tranquila?

Ang. Sí.

Ernes. Me doy la enhorabuena. Buenas noches señora, buenas noches, señorita. (*Aparte á Angela.*) ¿Nada me decís?

Ang. (*Aparte á Ernesto.*) ¿Qué he de deciros? No aun sé lo que siento.

Ernes. Señoras, felices noches. (*Vase.*)

ESCENA IX.

GENOVEVA. ANGELA.

Geno. ¿Verdad, Angela, que es amabilísimo ese jóven?

Ang. Ya se vé que sí.

Geno. ¡Tan caballero, tan honrado, tan exaltado en sus sentimientos! ¡Ay Angelita! Con un hombre así quisiera yo casarte.

Ang. Ya se vé que sí.

Geno. Pero, aunque como tia y madrina teng

alguna autoridad sobre tí, tú dependes de tu madre que te quiere, á pesar de que nunca la ha gustado tenerte consigo. Oyes, muchas veces me ha ocurrido una idea rara; si querria casarse, y temeria que la estorbase tu presencia. ¿Qué te parece?

Ang. Ya se ve que sí. (*Con distraccion.*)

Geno. Tú me respondes sin atender á lo que te digo. Vaya, vamos á cenar para que te recojas, porque estás perdida de sueño.

Ang. (*Aparte.*) ¿Se puede vivir así, oprimido el pecho, ardiendo la frente? ¿Es esto amor? No lo quiera Dios. — «Angela, querida Angela," me decia. Es la primera vez que mi nombre me parece tan grato. ¡Ernesto! ¡Querido Ernesto! Aun mas grato me parece el suyo. (*Vánse.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el comedor de la casa de baños en el piso bajo: una puerta en el fondo que cae al camino real: dos puertas laterales, y una chimenea.

ESCENA PRIMERA.

GENOVEVA, ANGELA *y* ERNESTO *tomando té.* ENRIQUE *saliendo.*

Enri. ¿Me permitís, señoras, asistir á vuestro desayuno?

Geno. Lo que os rogamos es que participeis de él.

Enri. Gracias; no tomo por las mañanas mas que una taza de leche.

Ernes. (*A Genoveva.*) ¿Y qué? ¿habeis pasado la noche sin miedo?

Geno. Bastante tuve una vez que se me figuró que oía ruido en el cuarto de Angela.... pero sin duda estaba soñando.

Enri. La Señorita está descolorida hoy: parece que se halla indispuesta.

Ang. ¿Yo?

Ernes. No echo de ver.... ¿Qué hora teneis, Enrique?

Enri. Las diez.

Ernes. Mucho tarda vuestra madre, Angelita.

Ang. Como no la haya sucedido algo....

Enri. ¿Qué la ha de haber sucedido?

Ernes. (*A Enrique.*) Desde mis ventanas he visto en

vuestra habitacion un cuadro puesto en un caballete: ¿se puede saber qué representa?

nri. Es mi retrato.

rnes. ¿Y quién le pinta?

nri. Un servidor vuestro.

eno. ¡Cómo! ¿Tambien sois pintor, Enrique?

nri. Si señora, mi vocacion fué el estudio de las artes; pero los facultativos me prohibieron seguirlas, porque el olor de los colores me era perjudicial al pecho. Mi padre interpuso su autoridad; y á fuerza de instancias logró que el artista se convirtiese en médico.

eno. Y al cabo el médico ha vuelto á ser artista, ¿eh?

nri. El motivo disculpa mi desobediencia. Dentro de pocos meses me habré de separar de mi padre....

eno. ¿Para tomar aires?

nri. Primero iré al mediodia de la Francia, y desde allí tal vez pase á París. El ambiente fresco de estas montañas me sienta mal, y mi padre me acosa para que huya de aquí. He querido pues dejarle al partir una memoria, porque cuando nos separamos solo Dios sabe cuánto durará la ausencia.

eno. Enrique, ¿quereis enseñarme ese retrato?

nri. Con mucho gusto. ¿No quereis verle vos, Señorita?

rnes. (*Aparte á Angela.*) Angela, quedaos.

Ang. Despues, señor Enrique: espero de un momento á otro á mi madre, y no quisiera salir de este cuarto, cuyas ventanas caen al camino.

Geno. Si, bien, luego le verás. (*Vánse Genoveva y Enrique.*)

ESCENA II.

ERNESTO. ANGELA.

Ernes. Angela, querida Angela....! Pero sosegaos.
Ang. ¡Ay, cielos!
Ernes. ¡Amor mio!
Ang. ¡Oh Ernesto! cuán justamente se admiran de verme así! Diez veces mudo de color en un minuto. Tengo una ansia de llorar.... que me ahoga.
Ernes. Esfuérzate á volver en tí, prenda de mi alma.
Ang. ¿Cómo, despues de un crímen?
Ernes. Si le hay, es mio, es de mi amor. Pero si yo fuese culpable, sería tan feliz?
Ang. ¿Con que sois feliz?
Ernes. Cuanto cabe serlo en la tierra.
Ang. ¿Y me debeis á mí esa dicha?
Ernes. A tí, sí, á tí sola.
Ang. Repetídmelo, y padeceré menos.
Ernes. A tí sola. Tan venturosa es la suerte de la muger, Angela. Dios la puso en el mundo para sembrar de felicidades la vida del hombre.
Ang. Sí, bien decís, ella dá la felicidad, pero se queda con la afrenta.
Ernes. ¿Quién sabrá jamás que entre nuestras almas media un secreto?
Ang. Aquel á quien anoche por primera vez no dirigí mis súplicas.
Ernes. Él lo olvidará al vernos postrados al pie del altar, y nos bendecirá cual padre misericordioso.
Ang. ¡Oh! sea cuanto antes, Ernesto mio, por-

que hasta entonces viviré con mucha zozobra en el ánimo, y muchos remordimientos en la conciencia.

Ernes. Abandónate á mi cuidado, Angela mia.

Ang. Sí, razon teneis. Tomad mi vida; yo os la doy, porque ya vos solo sois quien ha de hacerla feliz ó desesperada. No olvideis nunca, Ernesto, que es una vida bien juvenil y bien pura la que os entrego. Al cabo, aun cuando no quisiera dárosla, ya no es mia. Todo mi poder sobre ella se ha desvanecido. Vos sereis todo para mí; vuestra voluntad hará mi júbilo, ó mi dolor. Yo viviré, pero vos respirareis, y obrareis por mí.

Ernes. Descansa en mi amor.

Ang. Mirad que no seríais feliz si me engañáseis; no podríais serlo. Una voz os gritaría desde el fondo del corazon, diciendo: «bajo el cielo habia una niña pura, inocente y feliz; su felicidad emanaba de Dios, y tú, hombre, tú en un momento de capricho la has arrebatado su felicidad; y esta accion, accion infame que solo es un recuerdo de un instante en tu vida, para esa infeliz es una eternidad de afrenta y de desesperacion." ¡Oh, Ernesto, Ernesto! no será así; no puede ser.

Ernes. Nó, Angela, yo te lo juro por lo mas sagrado.

Ang. Gracias, amigo mio; vos teneis buen corazon.... y luego.... me amais, ¿no es cierto?-

Ernes. Con delirio. ¿Y tú?

Ang. Yo.... yo no puedo deciros si os amo, porque no sé lo que es amor.... pero lo que sé es.... sí por cierto, que daría mi sangre y mi vida por escusaros un pesar.

Ernes.. ¡Angel mio! ¿Con que ya no tienes recelos?

Ang. A lo menos no los quiero tener.

Ernes. ¿Y fias de mí?

Ang. Enteramente.

Ernes. Pues bien, oye Angela; vé á buscar á esos señores para que nuestra ausencia no les inspire sospechas, y entre tanto yo saldré al camino de España para hacerme encontradizo con tu madre. No se atreverá á bajar la montaña en coche; la veré, la hablaré, y al llegar aquí ya no la seré tan desconocido.

Ang. Sí, bien pensado. Dios os dirija el uno al otro.

Ernes. ¿Cómo la conocería yo?

Ang. Es morena, jóven, bonita.

Ernes. ¿Jóven?

Ang. Sí, mi madre no tiene mas que treinta y un años; y es muy hermosa. ¡Oh! algo mas que yo. No os enamoreis de mi madre, caballerito.

Ernes ¡Qué aprension!

Ang. Adios, mi Ernesto. Tened presente á la pobre Angela, que solo piensa en vos.

Ernes. Siempre. (*Retírase Angela haciendo una espresion de cariño á Ernesto, que se queda pensativo un instante: despues dice:*) Vamos, voy á tener una muger preciosísima.

ESCENA III.

ENRIQUE. ERNESTO.

Enri. Señor de Alvimar, dos palabras si gustais.

Ernes. Cuantas querais, Enrique.

Enri. Quisiera hablaros de la Señorita Angela de Gaston.

Ernes. Ya os escucho.

Enri. ¿Me dareis palabra de que esta conversacion quedará entre vos y yo para siempre?

Ernes. Os la doy.

Enri. ¿Por vuestro honor?

Ernes. Por mi honor.

Enri. ¿Amais á Angela?

Ernes. Franca es la pregunta.

Enri. Séalo la respuesta.

Ernes. Primero convendría saber con qué interés la haceis.

Enri. Yo amo á esa jóven, caballero.

Ernes. Entonces somos competidores.

Enri. Pero la amo con un amor silencioso, melancólico y profundo: con un amor que ni ella ni nadie sabrán nunca, porque me habeis dado palabra de que esta conversacion permanecerá siempre secreta.

Ernes. Permitidme, señor mio, que os diga que no atino con el objeto de esta confianza. Creo que me hareis la justicia de confesar que yo no la pretendia.

Enri. Voy á esplicároslo. Yo jamás diré á Angela que la amo, porque no puedo ser su esposo; pero vos conocereis que aquel á quien yo ceda el puesto, y que la declare su amor, se ha de casar con ella.

Ernes. Pudiera elogiar vuestra doctrina, y eludir su aplicacion; sin embargo como mis intenciones son honradas y puras, no vacilaré en responderos. Mi posicion social (y lo digo sin temor de que nadie me llame presuntuoso) me permite aspirar á la mano de la Señorita de Gaston, y hoy mismo me propongo pedirla á su madre.

Enri. ¿Y sin duda os sentís en el corazon todo el amor necesario para hacer feliz á esa niña?

Ernes. Aquí, caballero, creo que cesa vuestro dere-

cho de interpelacion, ó por lo menos mi voluntad de responderos: me parece que la Señorita de Gaston es la única que debe juzgar de los afectos que me inspira; y á vuestra pregunta responderé una palabra sola. Angela me ama.

Enri. ¿Os ama?

Ernes. No puedo dudarlo.

Enri. No hay que decir mas. Hacedla feliz.

Ernes. ¿Teneis que preguntar otra cosa?

Enri. Ninguna.

Ernes. Entonces, con vuestro permiso, voy á salir á la carretera de España. (*Váse.*)

Enri. ¡Qué afortunados nacen algunos hombres! á manos llenas derrama Dios en su cuna todos los bienes de esta vida! ¡Qué afortunados son algunos!

ESCENA IV.

GENOVEVA. ANGELA. ENRIQUE.

Ang. ¡Oh! es parecidísimo, señor Enrique. (*Yendo hácia la puerta.*) Todavía no se descubre el coche de mi madre.

Enri. Tendreis quien os avise con tiempo de su llegada, porque el señor Ernesto, que acaba de hablar conmigo, se dirige por ese lado.

Ang. ¿Vos habeis hablado ahora con Ernesto?

Enri. Tenia que pedirle una esplicacion, y me la ha dado.

Ang. ¡Una esplicacion!

Geno. ¿Qué es eso, Angela?

Ang. Nada, tia.

Geno. Coge la labor.

Ang. He concluido la esclavina que la bordaba á mamá.

Geno. Vaya, pues siéntate junto á mí. (*Enrique dá una silla á Angela, que se sienta al lado de su tia apoyando los codos en su falda.*)

Ang. Gracias, señor Enrique. Querida tia....

Geno. Querida tia.... Vaya, ¿qué tenemos? ¿Sabes, Angelita, que de niña cuando venias á sentarte así á mi lado, diciéndome querida tia, siempre habias cometido alguna falta?

Ang. ¿Pues qué he hecho yo?

Geno. No lo digo por acusarte, Angela; fuera de que ya no eres una criatura, que vas á cumplir diez y seis años.

Enri. (*A Angela mirándola de hito en hito, apoyado en el respaldo de la silla de Genoveva.*) ¿Sentís alguna indisposicion?

Ang. No señor: ¿por qué lo decís?

Enri. En un instante habeis mudado de color dos ó tres veces.

Ang. Vos ahora sí que estais pálido.

Enri. Lo creo: como que estoy sufriendo....

Geno. ¡Cuánto os pareceis en este punto á vuestro retrato! ¿Por qué le dísteis aquella espresion de dolor?

Enri. Porque fuera semejante.

Geno. ¿Quereis que os diga una cosa, Enrique? Varias veces se me ha ocurrido si tendríais oculto en el corazon algun amorcillo.

Enri. El amor es un imposible para mí.

Ang. ¿Dudais vos de la existencia de ese afecto?

Enri. ¿Dudar del amor? no lo quiera Dios, Señorita. Todavía no he conocido los bienes de este mundo para vilipendiarlos; y aun suponiendo que los llegue á conocer, habré de abandonarlos muy pronto para cansarme ni dudar de ellos. ¡Dudar del amor yo! ¿Dudo acaso de la existencia

del Sol que me hace vivir, que por la mañana saca de las tinieblas estas montañas, que las anima á mediodia, hiriéndolas con sus rayos á plomo, y que aun por la tarde dora sus cumbres al decirlas adios? ¡Oh! nó, yo creo (y lo atestiguo con el cielo) en aquel amor ardiente, profundo, inmenso que se apodera de nuestra vida, que nos dá en este mundo una compañera con quien esperamos reunirnos en la eternidad, y que despues de nosotros perpetúa nuestro nombre sobre la tierra en otros séres, á quienes tambien este mismo amor hará felices como á nosotros nos hizo.

Geno. ¿Y por qué, señor Enrique de mi alma, por qué habeis de renunciar al goce de una dicha que pintais tan perfectamente?

Enri. ¿Por qué? ¿Por qué reparaba Angela un momento há en la palidez de mi semblante? ¡Por qué! ¡Ay! porque vacilo al pisar la senda de la vida, porque siento que en ella me falta aire, y veo que el horizonte es estrecho; porque mi madre murió de mi edad; porque he perdido el hermano y la hermana que me precedieron en el nacer, á la edad de 24 ó 25 años. Porque mi padre (*Con amarga risa*) como hoy os he dicho, me ha mandado renunciar á la pintura, cuyos colores me eran dañosos al pecho.

Ang. Vuestro padre, suponiendo que corra tales riesgos vuestra salud, quiso sin duda al haceros médico, que vos mismo pudiéseis velar sobre esa salud filial que le es tan preciosa, y por la cual tanto se interesan todos los que os conocen.

Enri. ¿Y qué ha conseguido con eso? Creeis que viviria contento el hombre á quien Dios hubiera permitido leer su vida, señalándole de antemano

la hora en que habia de morir? Debería aquel hombre ser bueno, sería virtuoso, pero.... ¿viviría tranquilo? Pues ese hombre soy yo. Yo me miro en mi vida, y me encuentro en ella cara á cara con la muerte. No la temo, y sin embargo me rebelo contra ella, aunque conozca la desigualdad de la lucha. Cada noche devorado por este fuego interior, que tiene hirviendo mi sangre, cuento algunas pulsaciones mas en mis artérias: cada aurora, despues de una noche calenturienta, me levanto mas débil y mas fatigado de mi sueño que otro de su vigilia. Cada hora que trae á los séres que me rodean una dicha, me quita á mí una esperanza. ¿Y quereis que ame? ¿quereis que sea amado? ¿que haga viuda á una esposa antes de hacerla feliz? ¿Que deje en herencia á hijos que morirían jóvenes como he de morir jóven yo; una enfermedad que me legó mi madre muriendo jóven tambien? ¿Quereis que conozca el amor? ¡Oh! si le sintiera en este falleciente corazon, para que ninguna muger pudiese participar de él, le encerraría allí, le ocultaría á todos; le ahogaría con mis manos, aunque al sofocarle me hubiera de rasgar las entrañas.

Ang. ¡Enrique, Enrique!

Enri. ¡Doy yo tan subido valor á la vida, al honor de los hombres, á la pureza de las mugeres, adivino, me figuro tanta dicha, tanta bienaventuranza mas allá de ese horizonte que limita mi vista....! Angela, Angela, tenedme compasion; ser compadecido de vos tal vez me consuele.

Ang. Sí, os compadezco; pero estoy segura de que vuestros temores son imaginarios.

Enri. ¿ Quereis creer, Angela, que á veces de bueno que soy me vuelvo envidioso y malo? Suelo hallar un hombre destinado por su fortaleza física á vivir largo tiempo, á amar y ser amado: (porque os juro, Angela, que el amor es lo único que ambiciono de la vida) pues apenas puedo ver á aquel hombre sin decir: Dios mio ¿ qué bien ha hecho ese? ¿ qué mal hice yo? Cuando casi sin aliento llego á la cumbre de nuestros Pirineos, esperando que un aire mas puro me sea mas fácil de respirar, si encuentro un arbolito nuevo, brillante de verdor y lozanía, tengo envidia de aquella fuerza vegetativa que me falta, y le agarro y le troncho: si al paso veo abrirse una flor, la piso. Afortunadamente tras estos ratos de demencia se despliega á mis ojos la vision inefable de otra vida de recompensas sin fin: mis ojos, á pesar del velo que les pone el llanto, vagan por las regiones de paz y de júbilo; y trueca mi desesperacion en arrepentimiento y en resignacion dulce esta idea consoladora: ¡Grande es la corona que allí me aguarda!

Ang. Me haceis llorar.

Enri. Perdonadme si os he afligido: desde que los Angeles no se nos aparecen, solo á las mugeres se puede uno quejar. Delante de un hombre... Oh! por muchos años de existencia no hubiera yo dejado escapar ninguna de estas ridículas lamentaciones.

Geno. ¡Pobre mozo!

Enri. ¡Qué feliz es Ernesto! (*Estremeciéndose.*) ¡Un coche, Señorita.

Ang. ¿Veis, Señor Enrique? yo no lo habia oido... y eso... y eso que es el de mi madre.

Enri. ¿Pudisteis olvidarla por mí?

Ang. (*Corriendo á la puerta para abrazar á su madre y deteniéndose al mirarla.*) Madre, madre... ¡Dios mio! ¿qué teneis?

Geno. ¿Si la habrán salido ladrones?

ESCENA V.

DICHOS. LA CONDESA DE GASTON. ERNESTO.

Cond. Tranquilízate, hija mia; un resto de susto es lo que me tiene todavía pálida y trémula. ¿Y tú, á ver: cómo estás? bien: estoy contenta. ¡Ay querida tia! de milagro me volveis á ver.

Ang. ¿Pero qué ha sucedido?

Cond. Da primero al Señor las gracias, porque á él debes el abrazar á tu madre.

Ang. ¡Ah, Señor!

Cond. Disimulad, Enrique, no os habia visto.

Enri. ¿O no me habíais conocido? He empeorado tanto despues de vuestra partida...

Ang. (*Aparte á Ernesto.*) ¡Amigo mio! querido Ernesto!

Geno. ¿Y cuántos bandoleros ha muerto?

Cond. No es lance de bandoleros, tia, sino de mi locura, que á despecho de mis treinta y un años, me hace incurrir en imprudencias de niños. Yo habia oido hablar del precipicio llamado el agujero de la Bastida, quise verle al pasar por allí, mandé parar el coche, y sin compañía alguna tomé la senda que conduce á aquel sitio. Tú creo que sabes el parage que digo; ¿no es verdad, Angela?

Ang. Sí, madre, un despeñadero de casi ochenta pies, desde cuya altura se arroja una magnífica

cascada, que nunca he visto, porque no me he atrevido á llegar hasta el remate de la peña, desde la cual dicen que se descubre perfectamente.

Cond. Pues bien, tu madre ha sido mas loca que tú, y merece que tú la riñas. Yo llegué á la peña, me adelanté hasta la punta, y desde su estremidad ví el abismo en toda su hondura. Por un instante ocupó toda mi atencion aquel espectáculo; pero muy pronto aquella cascada que se despeña para rebotar deshecha en polvo, el zumbido del agua que gira en el pilon que ella se escavó, y el vapor que subia de la sima como una nube, me hicieron tal impresion que hube de volver á otra parte los ojos. Fijáronse en el prolongado peñasco, húmedo y resbaladizo que me sostenia, y en cuya angostura apenas hallaban cabida mis pies. Espantéme de verme así suspendida en medio del espacio; quise retroceder, y conocí que si hacia un movimiento me faltaba el equilibrio, y era perdida. Entónces, á pesar mio, se volvió á clavar mi vista en el precipicio; y me pareció que allá en lo hondo del anchuroso abismo y en medio de sus espumosas aguas, veia un espíritu tentador que riendo maligno me llamaba hácia sí. Completo era el fascinamiento. Rodaba el cielo encima de mi cabeza; arremolinábase la tierra bajo mi planta, sentí que mi voluntad se me huia. Rápido como un relámpago un pensamiento me presentó de un golpe todos los recuerdos de mi existencia; pensé en cosas largo tiempo olvidadas, y en vision instantánea se me aparecieron todos los seres caros á mi alma; noté que maquinalmente me inclinaba adelante, dí un grito terrible, grito de despedida á la creacion, y cerré los ojos

abandonando mi cuerpo. En el mismo instante un brazo fuerte me asió, me arrebató... luego ya nada sentí, porque habia perdido el conocimiento. (*Estrechando en sus brazos á su hija.*) ¡Oh! abrázame, abrázame otra vez, hija mia. (*A Ernesto.*) Pero ¿sabeis que podíais perecer conmigo?

Ernes. Señora, yo solo pensé que podia salvaros.

Ang. Pero ¿cómo os hallásteis tan á tiempo en un parage desviado del camino?

Ernes. Muy sencillamente: paseaba por el camino real, ví un coche parado, pregunté de quién era: me dijeron que de una Señora jóven y hermosa. Me llevó hácia donde estábais la curiosidad...

Ang. ¡Oh! decid la Providencia. Nuevamente os doy las gracias.

Ernes. (*Aparte á Angela.*) Esto podrá tenernos cuenta.

Enri. (*Aparte.*) Todas las felicidades son para este hombre. (*A la Condesa.*) Espero, Señora, que este susto no tenga consecuencias.

Cond. ¿Os retirais ya, Enrique?

Enri. Os dejo en entera libertad con vuestra hija, porque cada uno de nosotros la usurpa una parte de vuestro regreso.

Cond. Antes de mi marcha tendré el gusto de volveros á ver.

Enri. ¿Es tan próxima?

Cond. Dentro de una hora me pongo en camino.

Enri. Tendré el honor de despedirme de vos, Señora. (*A Ernesto.*) Acordaos de vuestra promesa.

Ernes. (*Aparte á Enrique.*) Me quedo para cumplirla. (*Váse Enrique.*)

*

ESCENA VI.

DICHOS, *menos* ENRIQUE.

Ang. ¿Con que os marchais tan pronto, madre?

Cond. Sí, hija mia, recibí en Madrid con la noticia de la revolucion, una carta del nuevo Ministro de la guerra, que es, como sabes, antiguo amigo de tu padre; y me escribe que apresure mi vuelta porque espera hacerme conseguir, en calidad de viuda de General, la pension que el otro Gobierno me rehusó siempre. El viento del favor viene á bocanadas y pasa pronto, por lo cual debo aprovecharle mientras que sopla.

Ang. ¿Me llevais con vos, madre?

Cond. No, hija mia.

Ang. Haceis bien, muy bien.... porque mi salud....

Cond. No me da cuidado ninguno, pues te hallo muy buena. No te dejo aquí por eso, sino porque en llegando á París tendré que hacer mil diligencias, y no podré cuidar de tí como deseára; así que tenga concluidos mis asuntos te escribiré que te vengas conmigo.

Ang. Cuando querais.

Geno. Ya, pero entonces tendré que enviártela, y yo me la querria llevar al Delfinado.

Cond. Tia, ya sabeis que Angela es como hija vuestra, y que os he cedido todos mis derechos sobre ella; así determinad en esto lo que os parezca bien.

Geno. ¿Querrás encargarte, ya que vas á París, de una carta para la Superiora del Convento donde se ha criado Angela? Es mi amiga, como sabes....

Cond, Tia, con mucho gusto.

Geno. Voy á escribirla al instante.

Ernes. (*Aparte á Angela.*) Dejadme con cualquier pretesto á solas con vuestra madre.

Ang. Tia, ¿quereis que os sirva de amanuense?

Geno. Sí, niña, ven.

Ang. ¿Me dais licencia, mamá?

Cond. De mil amores. (*Vánse Genoveva y Angela.*)

ESCENA VII.

LA CONDESA. ERNESTO.

Cond. (*A Ernesto que coge el sombrero.*) Caballero, ¿os retirais?

Ernes. Temeria ya ser indiscreto quedándome.

Cond. No debeis creer tal cosa. Considerad que dentro de una hora parto, que no sé cuando volveré á veros, que aun no he tenido tiempo para espresaros bien mi gratitud, y que si os separáseis de mi ahora, ignoraria hasta ahora el nombre de mi libertador, y no quiero ignorarlo.

Ernes. Gracias, señora; porque ya me estaba dando guerra la idea desconsoladora de que las existencias humanas corren en diversas direcciones, tiradas por hilos tan opuestos, que muchas veces el acaso nos coloca en frente de una persona, dejándonos el tiempo preciso para dárnosla á conocer, y luego nos arrastra á la estremidad opuesta del punto que ella ocupa, sin esperanza de verla ya mas, y para sentir siempre el haberla visto.

Cond. ¿Pertenecíais vos á la antigua Corte?

Ernes. ¿Por qué lo preguntais, señora?

Cond. Porque vuestra galantería es toda del estilo que se usaba en ella.

Ernes. Habeis acertado, señora: yo soy el baron de

Alvimar; gozaba cerca de la familia real destituida de cierto crédito, y habia merecido por mis servicios una cruz, una pension y un título.

Cond. Y con la caida de los Borbones ¿lo habeis perdido todo?

Ernes. Aun no lo sé; pero os confieso que me lo temo.

Cond. ¿Os habeis desterrado de la Corte despues de la revolucion?

Ernes. No señora: algun tiempo antes que llegára habia previsto yo la catástrofe. En vano procuré desengañar á los ministros, manifestándoles que la marcha que emprendian no era popular, y que aun para los hombres eminentes en ciencia y talento, el camino del despotismo está sembrado de escollos políticos. Insistí tanto en este punto, que un dia se me dió á entender que mi franqueza desagradaba en el palacio: insinuaciones tales son fáciles de comprender. Salí pues de París deplorando en mi alma la ceguedad de aquellos á quienes debia todos mis ascensos. Mi prediccion no ha tardado en realizarse, y desde aquí he oido el estruendo del trono derrocado, y el fuerte grito de júbilo y de libertad que ha lanzado el pueblo.

Cond. Pues bien, ahora que todo vá á reformarse sobre bases nuevas, ¿por qué no os aliais francamente con la nueva dinastía? La ingratitud del Gobierno pasado os deja libre de toda obligacion y miramiento; los hombres en desgracia ayer, están hoy en favor; y aun en el caso de que necesiteis una reconciliacion con la causa de la libertad no me seria dificil allanaros el camino.

Ernes. ¡Oh, señora!

Cond. (*Dándole la mano.*) Por mucho que haga por vos ¿no os quedaré siempre á deber?

Ernes. Mil gracias por la oferta; pero no puedo aceptarla. Aislado como estoy, sin motivo alguno de familia para adherirme al nuevo Gobierno, ¿no se veria en mi conducta un cálculo en vez de una conviccion política?

Cond. Pues casaos: tendreis entonces una familia que se interese por vos; no pretendereis, aceptareis.... y se acabó.

Ernes. Ya he pensado en eso; mas en la posicion en que me hallo, sin otro recurso que lo que antes de la revolucion llamaban gratuitamente mis talentos diplomáticos, ¿es probable que una familia poderosa quiera trasplantar en la tierra del favor un árbol que desarraigó el huracan político?

Cond. Yo creo que haceis poco favor al mundo y menos á vos. (*Sonriéndose.*) ¿Quereis que os busque yo una novia? Como no seais muy descontentadizo....

Ernes. ¡Oh! de vuestra mano me obligo á aceptarla á cierra ojos. (*Examinando atentamente la fisonomía de la Condesa.*) ¿No vuelve la señorita con vos á París?

Cond. No, no quiero que los espectáculos, las tertulias, las noches de baile y dias de broma arruinen su salud.

Ernes. Y vos que me aconsejais que busque una esposa, ¿no pensais en elegir á la señorita un marido?

Cond. Angela es una niña.

Ernes. Tiene 16 años, y vos debeis haberos casado de menos.

Cond. Verdad es, pero oid; os habeis franqueado conmigo, y voy á seguir vuestro ejemplo. El modo que hemos tenido de conocernos, el servicio que os he debido, y mi justo agradecimiento esta-

blecen entre ambos la confianza de una amistad antigua. Mi marido, el General Gaston, idólatra de Bonaparte, fué muerto en la batalla de Waterloo. Su muerte me condenó al retiro, y poco despues dí á luz á Angela el dia mismo que cumplí diez y seis años. Apenas habia gustado los placeres del mundo, y la crianza de mi hija no me dejó conocer sino los goces maternales: otros no me permitia esperar la desgracia en que se hallaba el nombre de mi marido. Siendo mi fortuna suficiente apenas para mi hija y para mí, quiso mi tia Genoveva, á título de madrina, encargarse de Angela: separóla de mi lado y la llevó á una hacienda suya; de suerte que casi trocamos de papeles, convirtiéndose ella en madre y yo en tia de mi hija. Quince años he vivido así en la soledad de la viudez; pero de repente mi fortuna cambia de aspecto. Por la carta que el Ministro me ha escrito á Madrid, donde me hallaba solicitando la devolucion de unos bienes que mi marido compró en el reinado de José, veo que puedo gozar de algun favor. Inútil casi para mí, (porque, ¿qué puede solicitar una muger?) valgo mucho para un hombre por quien me interese. Mi influencia me permite doblar su fortuna si la tiene, ó crearle una posicion si aun no la ha adquirido. Y mientras no me digan que soy muy fea, ó muy vieja para pensar en segundo enlace, os confieso que tendré la presuncion de no creerlo imposible.

Ernes. ¡Oh, señora!

Cond. Vos sois muy cortesano para no convenir conmigo; ya lo sabia yo.

Ernes. Pero no veo que eso estorbe que la señorita....

Cond. Perdonad; Angela apenas tiene diez y seis

años, y bien puede esperar un año ó dos: yo tengo treinta y uno cumplidos. ¿No es mas natural que asegure yo primero mi posicion, y emplée mi influjo en favor del que quiera aceptarle en lugar de dote? Como casi estoy cierta de obtener para mi marido ó mi novio todo lo que pida, pienso que podré procurarme por el reconocimiento una dicha que mi edad acaso no me permite exigir del amor.

rnes. (*Aparte.*) ¡Ah! ya.

ond. Establecida yo, y sirviéndome del crédito de mi esposo, me ocuparé entonces en la felicidad de Angela. A ver sino es este cálculo propio de una muger de juicio, y de una buena madre.

rnes. Propio de una señora dotada de gracias y de talento, que solo podrá hacer dichoso á un hombre, y dejará envidiosos á mil.

nd. No podeis olvidar el lenguage de la antigua Corte.

rnes. La verdad debe ser de moda en la nueva.

ond. Como querais. En fin, por esto es por lo que dejo á Angela aquí: ella es jóven, es guapa, y yo sino soy zelosa, soy un poco viva de genio; y amigo, es terrible para una muger de treinta y un años tener á su lado un granito de oro como aquel.

rnes. Pues ¿qué podeis temer vos?

ond. Sus quince.

rnes. Si parece hermana vuestra. Es bonita, convengo, pero, (*Tomando á la Condesa de la mano y llevándola frente á un espejo.*) miraos, señora, vos si que sois hermosa en toda la plenitud de la hermosura. Tratais de prendar á un hombre por la gratitud; pues aunque tenga el poder y las riquezas de un monarca, su mayor dicha será poseeros.

Cond. ¿De veras?

Ernes. Os lo juro.

Cond. ¿Con que aprobais el plan que he formado

Ernes. Le admiro. ¿Me permitireis cuando vay á París auxiliaros en vuestras investigaciones?

Cond. ¿Volveis allá?

Ernes. Hace dias que hubiera partido si hubiese en contrado una silla de posta de venta, pero esto e fruta rara en Cotterets.

Cond. ¿Quereis hacer una cosa? Mi coche tiene cua tro asientos, y solo me acompaña mi camarera aceptad uno, y os llevo á París.

Ernes. ¡Vos, señora!

Cond. Hay un poco de interés en la oferta: pued hallar otro precipicio en el camino....

Ernes. ¡Señora! Un viaje semejante sería para m tan halagüeño, tan venturoso....

Cond. ¡Cuidado! si decís una palabra mas, retir la mia.

Ernes. No, no, la acepto, y si es preciso la reclamo

Cond. Pues entonces, si quereis mandar acomoda vuestra maleta....

Ernes. Eso os detendria mucho. Mi criado saldrá est tarde con mi equipage en la diligencia. ¿Querei que le llame?

Cond. Si tal. ¿Vos estais pronto á marchar?

Ernes. Lo estoy, señora. (*Llama.*)

Cond. (*Llegándose á la puerta por donde se retir su hija.*) ¡Angela!

(*Sale Domingo.*)

Ernes. (*A Domingo.*) Yo marcho ahora mismo París; tú tomarás esta tarde la diligencia, recoge rás mi ropa, y ajustarás la cuenta con el señor Mu ler. Ahí tienes dinero.

Dom. Está bien, señor.

(*A Domingo.*) Amiguito; ¿sabeis si mi silla corriente?

El postillon acaba de enganchar.

Decidle que arrime. (*Váse Domingo.*) gela!

(*Saliendo.*) Voy, mamá.

ESCENA VIII.

IOS. GENOVEVA. ANGELA, *y luego* ENRIQUE.

Vamos, hija.

(*Aparte á Ernesto.*) ¿Qué hay?

. (*Aparte á Angela.*) Buenas esperanzas.

(*Aparte.*) Respiro. ¿Con que ya partís? ¡Ma- querida madre!.... ¡Era tan dichosa!.... Dad- un abrazo.... ¡Dejarme ya!

Ya lo ves; el carruage está esperando. An-, este caballero me acompaña.

(*Volviéndose con viveza hácia Ernesto.*) ¡El or!

. (*A Angela mientras la Condesa y Geno- a ponen sobre á una carta y la cierran.*) Sí, stra madre medita acerca de vos proyectos á los les debo oponerme, y como no tiene á nadie en ís que la acompañe en sns diligencias, me he cido yo, porque quiero serla útil y necesario si do. Así me haré acreedor á una recompensa, pediré. Esta recompensa será Angela, mi An- a querida, que acaso me habrá ya olvidado; o á quien yo....

¡Yo olvidaros! ¡Ay Ernesto! no sé porque ; pero ¡se me ha oprimido tanto el corazon! . Nuestra separacion no será larga, ídolo mio: eviarla queda á cargo de mi amor.

Ang. ¡Oh! bien necesito creer de él.

Ernes. Silencio. ¿Tiene la señorita algun encar

Ang. Gracias.

Cond. ¡Cómo lloras, hija mia! Vamos, abrá otro mas.... otro.... ¿No sabes cuánto te tu madre?

Ang. Pues, y me dejais aquí.

Cond. Antes ¿no querias quedarte?

Ang. Antes era otra cosa. (*Aparte.*) Antes se daba él.

Cond. Así que concluya mis negocios prome cribirte para.... (*Sale Enrique.*) Señor Enr temia ya no poderme despedir de vos. Si á París, espero que sea para mí una de vu primeras visitas.

Enri. Recibo con la mayor gratitud vuestra of y con el mas vivo deseo de aprovecharla.

Cond. Quedais comprometido. (*A Ernesto.*) C llero, cuando gusteis.

Ernes. Cuando mandeis, señora.

Cond. Adios, tia; adios, Angela. Ea, pront verémos.

Ang. ¡Madre! ¡madre de mi alma! (*Vánse la desa y Ernesto: Angela desde la puerta, y go desde la ventana, hace señas con el pañ quedándose inmóvil llorando.*)

Enri. (*A Genoveva.*) Señora, con que Ernesto

Geno. Vá á París con mi sobrina.

Enri. (*Aparte.*) Ya, por eso es por lo que gela llora. (*Váse.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ete con tres puertas: una, y una ventana en el o, y las otras dos á los costados.

ESCENA PRIMERA.

ro *escribiendo.* UN CRIADO *encendiendo luces, y luego* LA CONDESA *vestida de baile.*

. ¿Está preparado todo para el baile?
. Todo.
. ¿Y la Condesa?
. Vistiéndose.
(*Saliendo.*) Vestida ya, y vos no.
. ¡Ah! divina estais con ese trage.
¿Quereis que os perdone lo perezoso por lo ngero?
. Estaba concluyendo la lista de las personas he convidado en vuestro nombre.
Hablemos primero de vuestros asuntos. He vis. l ministro.
. ¡Ola!
Está firmado vuestro nombramiento.
. ¿De enviado plenipotenciario á Baden?
Sí.
. ¡Cuánto os debo! La cruz de la Legion de nor...
Me cansaba tanto el veros la de S. Luis...
. Una pension doble de la que gozaba...
. Vuestra pension y la mia, mis atrasos y todo

lo que he conseguido del ministro viene á e
en un fondo. Ya sabeis el anuncio que esta r
voy á hacer á los concurrentes al baile.

Ernes. El de nuestro próximo enlace: el de la
de mi vida.

Cond. De la de ambos.

Ernes. ¿Y consentireis en ir á Baden conmigo?

Cond. Hasta el fin del mundo iré con mi esposo

Ernes. ¡Cuánta bondad!

Cond. No es bondad, es que os amo. (*Ernesto l*
sa la mano.) Luego que nos casemos me tra
Angela, irá con nosotros, y por allí la buscar
algun Baroncito aleman muy rubio, muy mel
lico y pensativo...

Ernes. ¿Teneis vos el despacho?

Cond. No, está en poder de la marqnesa de S.
los. Esa parienta del ministro que, como sabe
ha encargado esclusivamente de este negocio.
noche viene al baile, os presentaré, y ella, s
me ha dicho, os entregará el nombramiento.

Ernes. Gracias. Veamos ahora la lista.

Cond. ¿Para qué? Bien está: habeis convidado á
tros amigos, ¿no es esto? Vuestros amigos so
mios, y recibirlos es una gran satisfaccion par
¡Ah! tambien he hecho un convite que se me
bia olvidado anunciaros.

Ernes. ¿Cuál?

Cond. Ayer me he hallado en casa con una ta
de Enrique Muler.

Ernes. ¿Con que se halla en París?

Cond. Sí, acaba de llegar... creo que del medio

Ernes. ¿Y qué tal está?

Cond. Cada vez peor: como que dudo que venga

Ernes. Pues yo estoy seguro de que vendrá.

Cond. Yo me alegraré: es un jóven excelente. Y

ra, caballerito, no lleveis á mal que os recuerde que se os está esperando.

nes. Es verdad: diez minutos para vestirme, y estoy á vuestras órdenes.

nd. (*Dándole la mano.*) Pues id. (*Váse Ernesto.*) Fany. (*Sale Fany.*)

ny. Señora Condesa.

nd. Dime: ¿te parece que me está bien este vestido?

ny. Perfectamente.

nd. ¿Y el peinado?

ny. Precioso.

nd. Tráeme mi ramillete.

ny. (*Al salir se encuentra con un Criado á la puerta que la habla en voz baja.*) Señora Condesa.

nd. ¿Qué hay?

ny. Una Señora que se ha apeado de un carruage os quiere hablar.

nd. ¿Es alguna ya de las del baile?

any. ¡Qué, no Señora! si trae silla de posta.

nd. A malísima ocasion llega. Pero no importa, díla que pase adelante. Mi ramillete no está en la antesala, sino en mi cuarto. (*Váse Fany: la Condesa se arregla el pelo delante de un espejo.*) ¿Quién será esta Señora que á tales horas me busca? alguna amiga de colegio, alguna...

ESCENA II.

ANGELA. LA CONDESA.

ng. (*Que viene de luto riguroso y con capa, dice desde la puerta.*) ¡Madre!

ond. ¡Angela! tú! (*Corre á ella.*)

Ang. (*Precipitándose en sus brazos anegada e llanto.*) ¡Madre, madre mia! ¿me quereis?

Cond. ¡Cómo, hija mia! ¿que si te quiero? Pero ¿qu tienes? ¿por qué esta llegada imprevista? ¿ese luto

Ang. Mi pobre tia Genoveva...

Cond. ¡Válgame Dios!

Ang. De repente... cuando ménos lo esperábamos mira tú...

Cond. ¡Pobre Señora!

Ang. Me hallé sola y enferma... pensé que tambien yo me podia morir, morir lejos de vos... y yo no queria morir lejos de mi madre.

Cond. ¡Tú morir! ¡qué aprension!

Ang. ¡Oh! no sabeis lo que he padecido.

Cond. En efecto, estás muy mudada.

Ang. Sí; yo dudaba si me vendría, temiendo... temiendo disgustaros. Pero dije: mi mamá me quiere... ¿no es verdad, mamá, que me quereis?...

Cond. Sí, prenda mia, sí.

Ang. Ella me perdonará el venirme así... porque de haberme quedado sola en aquel caseron viejo, en medio del campo... ¡Oh! me hubiera muerto, madre, me hubiera muerto.

Cond. Vamos, no hay que hablar de eso: ya te ves aquí; tranquilízate.

Ang. ¡Qué elegante estais, madre! ¿vais á alguna diversion?

Cond. Inicuamente se arregla esto. ¿Qué haría yo? Ya no era cosa de cerrar la puerta.

Ang. ¡Cómo! ¿es la funcion en casa?

Cond. En casa: ¡Qué diantre! Si se hallára aquí Ernesto me daría un consejo.

Ang. ¡Qué! ¿no está en París?

Cond. Sí tal; si acaba de hablar conmigo. Y tiene que volver al punto.

Ang. ¡Ah!

Cond. ¡Qué tienes! Se te demuda el rostro.

Ang. No es nada, madre.

Cond. ¿Qué haría yo, señor? ¡Baile maldito!

Ang. Ya está anunciado, dadle.

Cond. ¿Y asistirás?

Ang. ¿Yo, madre? ¿cómo he de asistir? fatigada, enferma que estoy? Nó, nó por Dios. ¿Sigue mi cuartito desocupado?

Cond. Sí, lo tienes corriente, porque iba á escribirte que te pusieras en camino. Diez minutos há que hablábamos de tí Ernesto y yo, y proyectábamos....

Ang. ¿Acerca de mí?

Cond. Sí.

Ang. ¡Cuánta bondad! (*Llaman dentro.*) Mamá, alguien viene, yo me retiro.

Cond. Sí, ven á tu cuarto. (*Lo abre.*)

Ang. Gracias. — Luisa. (*Sale Luisa.*) — Manda pasar todos mis líos á mi cuarto.... mira: este. (*Váse Luisa.*)—Hasta luego, madre: conservadme vuestro cariño; ¡necesito tanto de vuestro amor!

Cond. Bien: yo iré á darte un beso así que me haya desembarazado de aquella gente.

Ang. Sí, madre mia. (*Váse.*) (*Sale un criado.*)

Criad. Los convidados al baile principian á llegar.

Cond. Hacedlos pasar al salon.... ¡Ah! escepto á la señora de San Cárlos, á quien direis que venga aquí, avisándome en seguida. (*Váse el criado, y sale Fany.*) Con que.... Fany, el ramillete.

Fany. Tomad.

Cond. Creo que no tengo que prevenirte nada. Nó. Vamos. (*Váse. — Luisa y dos criados cruzan la escena, llevando una maleta y cajas de carton.*)

Fany. Ahí: ¿Veis?

Luisa. Sí, ya sé. (*Entrase Luisa y los criados.*)

ESCENA III.

ERNESTO. FANY.

Ernes. Fany!
Fany. Señor!
Ernes. ¿Dónde está la Condesa?
Fany. En el salon.
Ernes. ¿Hay ya mucha gente?
Fany. Bastante. (*Váse.*)
Ernes. Mucho me incomoda que se encaje aquí ese diablo de Enrique: me hablará de Angela, y demasiado me acuerdo yo de ella. (*Se oye la música del baile.*)
Un Criado. (*Anunciando.*) — La señora Marquesa de San Cárlos. Voy á avisar á la señora Condesa. (*Váse.*)

ESCENA IV.

CAROLINA. ERNESTO.

Ernes. Ah! mi protectora incógnita. (*Viéndola.*) ¡Carolina!
Carol. Es la Marquesa de San Cárlos.
Ernes. ¡Qué escrupulosa exactitud la vuestra, señora! yo os habia dicho que nos veríamos en medio del gran mundo al cabo de.... ¿qué tiempo? creo que ocho meses.... Vestida vos de baile, con collar de perlas, con flores en el peinado. Anticipais la época; pero el ornato es rigurosamente el mismo con que yo os esperaba.
Carol. Y sin embargo, yo puedo vestir este trage y lucir estas perlas sin sentir rubor en la frente, ni remordimientos en el corazon.
Ernes. Yo no lo puedo dudar: ya os vaticiné que restauraríais vuestra fortuna.

Carol. La he recobrado. Al mes de mi llegada á París me fueron devueltos los bienes de mi difunto esposo con un título nuevo.

Ernes. ¿Y cómo pudísteis conseguir ese triunfo?

Carol. Mi hermana se habia casado aquel dia con el ministro de negocios extrangeros.

Ernes. ¿Con que sois cuñada de un Ministro?

Carol. Y mando á su muger.

Ernes. Es muy meritorio para vos el acordaros en esa alta posicion de vuestros antiguos amigos.

Carol. (*Con amargura.*) ¿Cómo quereis que os olvide?

Ernes. Yo sé por qué lo digo: os acordais de ellos para serles útil; porque si no estoy mal informado, á vuestra proteccion debo mi nombramiento.

Carol. Sí señor, yo misma he querido entregaros el Despacho. (*Se lo presenta.*)

Ernes. Vuestra bondad es sin límites. Pero aquí hay una equivocacion, señora: han fijado mi marcha de hoy á tres dias.

Carol. Esa no es equivocacion.

Ernes. Pero tan pronto no puedo partir.

Carol. No partais.

Ernes. ¿Y entónces?

Carol. Entónces, hallándose vacante la plaza de enviado plenipotenciario, y no pudiendo permanecer improvista por su importancia, si vos no quereis ir, se enviará á otro.

Ernes. ¡Ah! ahora entiendo.... de que suerte os acordais de los amigos. Habeis sabido mi próximo enlace....

Carol. Ninguna noticia tenia.

Ernes. ¿Sabeis, señora, que llevamos un juego que podrá convertirse en guerra?

Carol. Sea cual fuere el nombre que le deis, y tenga las consecuencias que quiera, yo estoy pronta á sostenerle con vos.

Ernes. Pues voy á jugar con las cartas descubiertas; vos sabeis que soy franco. Yo amo á la Condesa de Gaston.

Carol. ¡Calle! yo creía que á su hija.

Ernes. Valimiento alcanzais; pero á la Condesa no la falta influjo. Yo la debo muchísimo....

Carol. ¡Vos enamorado! ¡vos agradecido! No os conozco, Ernesto. ¿Y vuestros principios?

Ernes. Me han conducido á mi fin.

Carol. Aún no habeis llegado.

Ernes. Corta distancia media.

Carol. ¿Tan poco caso haceis de mi voluntad?

Ernes. ¿Os habeis propuesto halagar mi presuncion?

Carol. Haríais mal en creerlo.

Ernes. Se parece tanto vuestro resentimiento á un resto de amor....

Carol. Decid á un principio de odio.

Ernes. A mí?

Carol. ¡Oh! nó, por mas que lo pretendo, no puedo recabar de mi corazon que os aborrezca.

Ernes. (*Con sequedad.*) — Señora....

Carol. Yo canto mi juego, por eso no os debeis enfadar.

Ernes. Para chanzas ya basta.

Carol. Por eso concluyo. ¿Ireis á Baden?

Ernes. Nó.

Carol. Tres dias teneis para decidir.

Ernes. (*Devolviéndola el Despacho.*) — Ya he decidido.

Carol. Muy bien. ¿Gustais de ofrecerme la mano para entrar en el baile?

Ernes. La Condesa viene á hacerlo.

ESCENA V.

LA CONDESA. DICHOS.

Cond. Perdonad, señora, fueron á avisarme que estábais aquí; pero obligada á completar una pareja, no he podido venir hasta despues de la contradanza. (*A Ernesto.*) Segun parece, vos os habeis presentado solito.

Ernes. La señora y yo nos conocíamos ya.

Cond. Venid al salon, que escasean las hermosas.

Ernes. (*Aparte á la Condesa, que le contesta del mismo modo.*) Quisiera hablaros.

Cond. Y yo á vos.

Ernes. Pues os espero.

Cond. ¿Aquí?

Ernes. Sí. (*Vánse las dos señoras.*)

ESCENA VI.

ERNESTO, *y despues* LA CONDESA.

Ernes. Quiere sujetar Carolina mi voluntad á la suya: allá verémos. ¡Cuñada del ministro mi gefe! pero el señor secretario de negocios extrangeros no es inamovible; se habla de una nueva combinacion ministerial, y mi nombramiento por el que salga del gabinete, pudiera ser un título para que me destituyera el que entrase. (*Sale la Condesa.*) Venid, venid.

Cond. ¿Qué ocurre que tan agitado estais?

Ernes. Es preciso que anuncieis esta noche nuestro casamiento. ¡Oh! y con toda publicidad.

Cond. ¿Esta noche? Justamente iba á deciros que m parecia eso imposible.

Ernes. ¿Y por qué?

Cond. Ha venido Angela.

Ernes. ¡Angela!

Cond. En el momento en que salíais de este cuart

Ernes. ¡Angela aquí!

Cond. En esa habitacion.

Ernes. ¿Es posible?

Cond. Haceos cargo. ¿Cómo he de decir pública mente que voy á casarme, cuando mi hija lo ig nora todavía, y cuando no sé como se lo he d anunciar?

Ernes. Teneis razon, es absolutamente imposible teneis razon.

Cond. Lo diferirémos por unos dias, y saldrémo del paso.

Ernes. Sí, sí, tres ó cuatro dias.... mas val aguardar.

Cond. Yo os agradezco que os hayais convencido (*Sale un criado.*)

Criado. (*A la Condesa.*) La Señora de San Cárlo pregunta por vos.

Ernes. ¡Oh! no la hagais esperar, Señora; yo o sigo al momento.

(*Vánse la Condesa y el Criado.*)

ESCENA VII.

ERNESTO, *y luego* LUISA.

Ernes. ¡Angela aquí! ¿quién trae á esa niña á París á pesar de mis cartas? ¡Angela aquí! ¡y yo entre esas dos mugeres, en el momento de obtener el éxito suspirado! ¡Miserable ambicion de pe-

queñeces! todo para llegar á ser.... ¿qué? ¡Ministro plenipotenciario! ¡Angela aquí! ¡Ahí! (*Abrese la puerta del cuarto de Angela.*) ¡Ah! creí que era ella. (*Sale Luisa.*)

Luisa. A buscaros iba.

Ernes. Aquí estoy.

Luisa. Esta carta para vos.

Ernes. ¿De quién?

Luisa. De mi señorita.

Ernes. ¡De Angela! (*Abre y lée la carta.*) ¡Qué veo! ¿es posible? decid.... decidla....

Luisa. Os está esperando, venid.

Ernes. Despues.... luego.... dentro de un instante.

Luisa. Por Dios que no os detengais, venid.

Ernes. Pues bien, voy ahora mismo. (*Precipítase en el cuarto de Angela.*)

Luisa. Enrique Muler, ocultémonos. (*Cierra la puerta.*)

ESCENA VIII.

ENRIQUE, *solo.*

¡Cuánto padezco! ese aire recalentado con las luces, perfumado por las flores.... me ahoga. Ese ruido, esa algazara, ese bullir del baile, me matan. Aquí á lo menos se respira. Yo no hubiera debido venir.... pero esperaba oir hablar de Angela.... y ni siquiera me he atrevido á pronunciar su nombre delante de su madre, temeroso de que mi emocion me vendiese. ¡Qué felices sois vosotros que podeis embriagaros en esa atmósfera de placer y de alegría, donde yo no puedo vivir!

ESCENA IX.

ERNESTO. ENRIQUE.

Ernes. (*Saliendo sin color y muy agitado.*) ¿Qué he de hacer? ¿Dónde he de hallar.... y tan pronto?

Enri. Señor Ernesto.

Ernes. ¡Enrique! (*Aparte.*) ¡Ah! no hay otro remedio.

Enri. ¿Qué teneis?

Ernes. Enrique, sois médico, sois hombre de honor, y sabeis lo que es honor: favorecedme con vuestro auxilio.

Enri. Esplicaos primero.

Ernes. Ceded, ceded sin dilacion á mi súplica.

Enri. Si no ha de obligarme á *faltar* á los deberes de mi profesion....

Ernes. No, que los cumplais es lo que se os pide.

Enri. Entónces, aun cuando comprometa mi persona....

Ernes. Nada os comprometeis, nada.

Enri. Mandad.

Ernes. Seguidme. Tenemos que ir lejos.... muy lejos de aquí.

Enri. Donde querais.

Ernes. Tendreis que sujetaros á ciertas condiciones....

Enri. A todo.

Ernes. (*Aparte.*) Estoy salvo.

Enri. (*Cogiendo el sombrero.*) Estoy pronto.

ESCENA X.

CAROLINA. DICHOS.

Carol. (*Aparte á Ernesto.*) ¿Os habeis aquietado ya?
Ernes. Sí.
Carol. ¿Habeis mudado de parecer?
Ernes. Sí.
Carol. ¿Con que aceptais?....
Ernes. Enviadme mañana el despacho.
Carol. Y al tercer dia....
Ernes. Parto.
Carol. Entónces ¿con quién os casais? ¿Con la madre, ó con la hija?
Ernes. Con ninguna de las dos. Ya hablarémos. Enrique, vamos. (*Vánse.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El cuarto de Angela.

ESCENA PRIMERA.

ANGELA *reclinada en un sofá.* LUISA, *despues* LA CONDESA, *y luego* ENRIQUE.

Ang. ¿Le has visto?
Lui. Todavía no.
Ang. ¿Habrá leido mi carta?
Lui. El criado dice que se la dió anoche cuando volvió á casa.
Ang. ¡Abandonarme así tres dias! ¡Ernesto ¡Ernesto!
Lui. Aquí está la Señora.
Ang. Silencio. Retírate. (*Váse Luisa.*)
Cond. (*Abriendo la puerta.*) ¿Se puede entrar?
Ang. Sí, madre.
Cond. Vaya ¿y cómo estás?
Ang. Muy bien, mamá.
Cond. ¿Con que no quieres decirme qué tienes?
Ang. Pero ¿qué quereis que os diga madre? No tengo nada. (*Esfuérzase á levantarse y no puede.*)
Cond. ¿Lo ves? ¡Oh! algo me ocultas.
Ang. Yo no... nada... creedme.
Cond. Sí; tú tienes alguna pesadumbre: decláramela. Vamos: ¿dudas de mi cariño?
Ang. Muy desgraciada sería si dudase de él.
Cond. Pues yo puedo dudar del tuyo. Hace tres dias

que estás padeciendo, y á pesar de mis ruegos, no permites que se avise á un facultativo. ¿Quieres morirte?

Ing. ¡Madre!

ond. Mira: yo no estraño que te cause repugnancia el que te vea un médico desconocido, un hombre que no te haya saludado nunca; pero si fuese un amigo...

Ing. ¿Qué quereis decir?

ond. Por ejemplo, Enrique...

Ing. ¡Enrique Muler!

ond. Sí; está en Paris.

Ing. ¡Enrique! ¡Oh! él menos que ninguno.

ond. Pues yo le he avisado.

Ing. ¿Qué venga?

ond. Sí.

Ing. Cielos!

ond. Y él...

Ing. Está en casa ¿no es verdad? ¿no es esto lo que quereis decir?

ond. Eso es.

Ing. ¡Madre, madre, por Dios!

ond. Pues precisamente hay alguna cosa que no puedes confesar... ¿Y qué quieres que yo piense de esto? A ver.

Ing. (*En el mayor abatimiento.*) Nada... nada... nada.

ond. ¿Con que por fin consientes?...

Ing. Haced lo que querais.

ond. (*Llegándose á la puerta.*) Enrique, venid,

(*Sale Enrique.*)

nri. Señora.

ond. (*Aparte á Enrique.*) Ya he conseguido que os vea. Os la recomiendo, Enrique: mirad que es la hija de mis entrañas. Mirad que me respondeis de ella.

Enri. ¿Tan mala está?

Cond. Yo no sé lo que tiene. Procurad descubrir el secreto si le hay. Habladla como á una hermana. Os dejo solos para que esteis mas libre. Conmigo... No sé que pensar. Vos comprendeis... En fin, Enrique, haced por ella todo, todo cuanto podais.

Enri. Ignoro si puedo algo, Señora, pero con toda el alma deseo serviros.

Cond. Me retiro á mi cuarto. Así que hayais hablado con ella, id á buscarme: por Dios que sea al momento.

Enri. Iré.

Cond. Que os espero. (*Váse.*)

Enri. (*Se acerca al sofá en que Angela recostada se cubre el rostro con las manos, y la mira un instante con los brazos cruzados.*) Señorita, Señorita.

Ang. (*Alzando la cabeza y mirando al rededor de sí.*) Y mi madre ¿dónde está?

Enri. Ha salido por un momento.

Ang. ¡Ay Dios!

Enri. Yo creia que veríais con mas gusto á un amigo.

Ang. Perdonadme.

Enri. (*Sentándose cerca de Angela.*) ¿Me quereis dar la mano?

Ang. ¿La mano?

Enri. Os la pido como médico.

Ang. Tomadla como amigo.

Enri. Está abrasando; teneis calentura.

Ang. (*Retirando la mano.*) ¿Si podrá conocer...?

Enri. ¿Qué sentís? decid.

Ang. Nada.

Enri. No puede ser: vos padeceis; debeis padecer á lo menos. Estais sin color; desencajada...

Ang. No me mireis así, Enrique; me haceis mal, me atormentais.

Enri. ¡Ay triste! ¿qué puedo yo deciros? ¿qué puedo hacer por vos?

Ang. Esto es la pesadumbre de la muerte de mi buena tia; es que el viage me ha rendido... y nada mas.

Enri. ¿Y cuándo habeis llegado?

Ang. Hace cuatro dias, la noche del baile.

Enri. Ernesto me habia dicho que al dia siguiente.

Ang. Se ha equivocado, porque me vió poco despues de apearme del coche.

Enri. ¿Y por qué no os dejásteis ver un momento?

Ang. Venia de luto, venia cansada.

Enri. ¿Y dónde estábais mientras tanto?

Ang. En este cuarto.

Enri. ¡En este cuarto!

Ang. Es el que he ocupado siempre.

Enri. (*Asaltado de una idea.*) En efecto, de aquí ví salir á Ernesto, demudado, agitadísimo, en el momento que... (*Mira de hito en hito á Angela, se levanta, retrocede y esclama con esplosion.*) ¡Pero es imposible!

Ang. ¿Qué? qué?

Enri. (*Mirando el cuarto.*) ¡Dios mio!

Ang. (*Incorporándose al ver á Enrique ir hácia la puerta.*) ¿Qué es lo que hace?

Enri. (*Abriendo la puerta.*) Aquella es la ventana baja... esta es la puerta... en aquel mueble tropecé. (*Dirigiéndose presuroso á Angela que le mira atónita.*) Angela, Angela, respondedme como responderíais á Dios.

Ang. ¿Qué quereis? qué quereis?

Enri. Angela... la noche del baile...

Ang. (*Repitiendo maquinalmente.*) La noche del baile...

Enri. Un hombre conducido por Ernesto...

Ang. ¿Y qué?

Enri. Vendados los ojos...

Ang. ¡No acabeis!

Enri. Entró aquí... en vuestro cuarto.

Ang. ¿Cómo lo sabeis?

Enri. ¡Era yo!

Ang. (*Arrojándose á sus pies, la frente en el suelo.*) ¡Oh Dios! ¡Oh Dios! quitadme la vida.

Enri. (*Torciéndose los brazos.*) ¡Oh! ¡Oh!— ¡Desdichada!

Ang. (*Levantando poco á poco la cabeza, mirando luego á Enrique, y poniéndose despues en pie de pronto.*) ¿Y mi hijo? qué habeis hecho de mi hijo?

Enri. ¿Qué decís? no os oia... ¿Qué decís?

Ang. ¡Mi hijo! era un niño: me dijeron que el médico se lo habia llevado. ¿Dónde está? Vos me respondeis de él, Enrique.

Enri. Vive.

Ang. ¡Oh! vive! vive el angelito! Vos le habeis visto... ¡habeis visto á mi hijo! Enrique de mi alma, dejad que os estreche en mis brazos.

Enri. Angela, me matais.

Ang. Iremos á verle ¿verdad? Así que yo pueda iremos: vos no os negareis á llevarme á verle ¿no? ¿Hay cosa mas sagrada que una madre que quiere ver á su hijo? No se puede impedir á una madre que vea á su hijo... su hijo es suyo. ¡Oh! no se la puede privar de su hijo.

Enri. Iremos.

Ang. ¿Cuándo?

Enri. Pronto.

Ang. ¡Hijo de mi vida!

Enri. Hablemos de otra cosa.

Ang. ¿Y de qué quereis que me atreva á hablar sino de él?

Enri. Hablemos de su padre.

Ang. ¡Oh!

Enri. No os avergonceis, Angela, la vergüenza es para la infamia.

Ang. Enrique... si se casa conmigo...

Enri. Sí, pero es menester que se case.

Ang. Él me lo prometió.

Enri. ¿Cuándo?

Ang. Esa noche fatal.

Enri. ¿Y despues?

Ang. ¡Ay Enrique! no he vuelto á verle.

Enri. (*Entre dientes.*) ¡Miserable!

Ang. Esto es lo que me quitaba la vida, no saber nada, no atreverme á esplicarme con nadie, tener el corazon henchido de remordimientos, de temores, de vergüenza. Y mi madre que no se apartaba de mí.

Enri. Es necesario decírselo todo, Angela.

Ang. Nunca tendré valor.

Enri. Pues entonces se lo diré yo... porque es preciso que ese hombre se case con vos, es forzoso. ¿Quereis que hable yo con vuestra madre?

Ang. No, no, no... por favor... Mas quiero yo hablarla.

Enri. Hay que confesárselo todo, y decirla que busque á ese hombre; porque si ella no lo hace, yo le buscaré.

Ang. ¡Oh! no: vos no.

Enri. Es que no hay que perder un momento, porque sabed que Ernesto es capaz de todo... de ausentarse, de abandonaros...

Ang. Vos le calumniais, Enrique.

Enri. ¡Ojalá!

Ang. Pues bien, hoy...

Enri. Es que ha de ser ahora.

Ang. ¡Dios mio!

Enri. Derecho tengo de exigir algo de vos, Angela. Pues exijo que en este instante mismo lo declareis todo á vuestra madre.

Ang. Por compasion, unos minutos.

Enri. Ni un segundo. Voy á llamarla. Animo, Angela: vuestra madre os quiere... y en fin, es forzoso hacerlo.

Ang. Id pues. (*Váse Enrique.*) ¡Oh! ¡oh! (*Sollozando.*) ¡Que desventurada soy, Dios mio! que desventurada!

ESCENA II.

LA CONDESA. ANGELA.

Cond. (*Al salir.*) Un secreto! ¿Cuál puede ser?

Ang. ¡Ay madre!

Cond. Ea, querida, aquí estoy. ¿Me tienes miedo? ¿Temes decirme, á mí que soy tu madre, lo que has confiado á un estraño?

Ang. Yo nada le he dicho, lo ha adivinado él.

Cond. Pues bien, hablemos las dos un rato, y tambien adivinaré yo.

Ang. ¿Vos?

Cond. Sí. ¿No soy una madre indulgente?

Ang. ¡Oh! sí.

Cond. Pues bien, ¿que me dices, pobrecita mia?

Ang. (*Apoyando la cabeza en la falda de la Condesa.*) ¡Oh! querida madre!

Cond. ¡Eh! ya te tengo aquí como cuando eras chiquita, y cansada por la noche de jugar todo el dia, venias á dormir en mi falda. Entonces todo me lo decias; ninguno de tus infantiles secretos era

ignorado de tu madre, y aun sin necesidad de irlos yo á buscar en el fondo de tu corazoncito, brotaban ellos y se venian á mí desde tus labios de rosa. Con que á ver, niña mia, ¿qué es lo que te tiene llorosa y demudada? alguna pesadumbre? algun compromiso? algun amor acaso?

Ang. Sí, sí.

Cond. ¿Y á quién mejor que á tu madre has de hablar de ese amor? Vaya, cuéntame eso. Tú no puedes querer sino á un hombre digno de tí. Habla, habla.

Ang. Jamás me atreveré.

Cond. Pues oye, yo tambien tengo un secreto que confiarte.

Ang. ¿Vos?

Cond. Sí, yo principiaré.... y cuando tu madre lo haya dicho todo, tú se lo dirás todo tambien... ¿No es esto?

Ang. ¡Cuán bondadosa sois!

Cond. Tú tienes juicio, y te se puede dar cuenta de cualquier negocio. Ademas puedes aconsejarme...

Ang. ¿Yo, mamá? Vos os burlais de mí.

Cond. Pues señor.... casi me hallo yo tan cortada como tú.... Angelita, yo me caso....

Ang. (*Echándola los brazos al cuello.*) ¿Vos, madre?

Cond. Sí, voy á hacer esta locura.... Pero no te amaré menos por eso, querida, no miraré menos por tí. En mi esposo tendrás un protector, un apoyo mas.

Ang. Sí, sí, haceis bien, teneis razon.

Cond. ¿Con que apruebas mi boda?

Ang. Pues, madre, ¿tengo yo derecho de desaprobar lo que vos haceis?

Cond. Ahora debes tener mas confianza conmigo. Con que esplícate.

Ang. ¡Oh! yo....

Cond. Pero sin duda es una falta grave la que no te atreves á confesar, despues de lo que te he dicho.

Ang. Sí, madre, gravísima.

Cond. Tú me inquietas.... sériamente. ¡Cómo! ¿tú me temes?

Ang. (*Arrojándose á los pies de la Condesa.*) ¡Madre mia! si yo tuviera aquí mi hijo, le pondría á vuestros pies, y entonces.... ¿Me perdonaríais entonces?

Cond. ¡Desventurada! ¿qué dices?

Ang. Yo digo.... Madre, perdon, perdon.

Cond. Veamos, continúa.

Ang. Digo.... que ha habido un hombre que.... Yo, madre, no sabía.... era cuando mi tia me tenia consigo....

Cond. ¡Válgame Dios!

Ang. ¡Pobre señora! no tuvo ella la culpa, nó. Yo quise á aquel hombre.... Vos no estábais allí, yo no tenia ni consejero, ni defensor.

Cond. ¡Ah! Demasiado cierto es.

Ang. Pero, madre, vos no me perdonais.

Cond. (*Levantándola.*) Sí, sí, hija, pobre hija mia, yo te perdono, porque toda la culpa la tengo yo. Si yo hubiese cuidado de tí, como debiera.... Pero ese hombre ¿quién es?

Ang. Habeis dicho bien, madre, que es digno de mí por su nacimiento y rango.

Cond. Su nombre....

Ang. Y vos le conoceis, es amigo vuestro.

Cond. Pero, nómbrale.

Ang. Ernesto de Alvimar.

Cond. (*De rodillas.*) ¡Cielos! Perdóname tú á mí, hija mia!

Ang. ¿Cómo?

nd. Ernesto....
ng. ¿Qué?
nd. Es con quien iba á casarme.
ng. (*Con espanto.*) Señora; ¿os ama ese hombre?
nd. Me lo ha dicho al menos.
ng. (*Cayendo en una silla.*) ¡Dios mio! Tened piedad de nosotras.

FIN DEL ACTO CUARTO.

*

ACTO QUINTO.

Sala de paso que separa la habitacion de la Condesa de la de Ernesto; una puerta á cada lado, y en el fondo una antesala con bajada al jardin.

ESCENA PRIMERA.

ERNESTO. DOMINGO.

(*Domingo está leyendo un periódico*; *Ernesto sale por el fondo.*)

Ernes. Domingo, ¿hay algo de nuevo?

Dom. No señor.

Ernes. ¿No ha venido nadie?

Dom. La doncella de la señorita Angela no mas Venia á rogaros de parte de su ama que pasáseis á verla.

Ernes. Bien está. (*Domingo se retira á la antesala.*) ¡Pobre criatura! ¿qué maldita fatalidad la persigue? Momentos hay en que estoy pronto á decírselo todo á Carolina, apelando á su corazon. Pero ¿he de poner el secreto de Angela en manos de una rival? es un delirio. A veces me dan impulsos de echarme á los pies de la Condesa, y confesar de plano, esponiéndome á malograr todas mis esperanzas. Estraño giro han tomado estos galanteos, cuando hasta ahora todos los mios habian terminado con cuatro lágrimas, seguidas de un pronto olvido. Esa muchacha que está ahí padeciendo, que sus-

pira por verme, y que no me atrevo á ver.... La escribiré, escribiré á su madre, la haré una declaracion completa, y cuando mi posicion se haya fijado, todo lo repararé. La Condesa me perdonará.... En punto á influjo, supone casi tanto como Carolina. Pero lo primero es partir.

(*Sale Domingo y despues un cazador.*)

Dom. Señor.

Ernes. ¿Qué?

Dom. El cazador de la señora Marquesa de San Cárlos.

Caz. De parte de mi ama. (*Le dá un papel.*)

Ernes. Muy señora mia. ¡Mi despacho! ¡Ah! ya vuelve á tener confianza en mí; antes no queria enviármele hasta que estuviese en Viena. Veamos que me escribe. (*Lée.*) «El Consejo ha acordado »una nueva combinacion; todos los ministros se »retiran, escepto el de negocios extrangeros." Todo el influjo de la Condesa viene al suelo, y el de Carolina se dobla. «Mañana se insertará esta noti»cia en el Monitor." Ya estoy á discrecion de esta muger: el destino se pone de acuerdo con ella. Domingo, á todo el que venga, que no estoy en casa.

Caz. ¿No hay respuesta, señor?

Ernes. Decid á la señora Marquesa, que me marcho dentro de un cuarto de hora.. (*Váse.*)

Caz. ¿Acompañais vos á vuestro amo?

Dom. A todas partes voy con él. A mí no me trata como criado, sino como á la persona de toda su confianza. (*Vánse.*)

ESCENA II.

ENRIQUE. LA CONDESA.

Enri. (*A la puerta.*) Yo estaré aquí; valor, señora.

Cond. Y vos, Enrique, tened prudencia: no nos hagais mas infelices, que harto lo somos.

Enri. No tengais cuidado. Habladle con sosiego y con tino.

Cond. Lo haré así, ya me lo direis. Sola esta puerta os separará de nosotros, y lo oireis todo.

Enri. Bien. (*Retírase.*)

ESCENA III.

LA CONDESA. DOMINGO, *y luego* ERNESTO.

Cond. (*A Domingo que al verla vuelve desde la antesala.*) ¿Está vuestro amo?

Dom. No señora.

Cond. ¿Volverá pronto?

Dom. No sé.

Cond. No importa, le voy á esperar.

Dom. Pero, señora Condesa, tal vez no venga hasta la noche.

Cond. (*Sentándose.*) Le esperaré hasta la noche.

Ernes. (*En la antesala.*) No, no, pon al coche los caballos.

Cond. Os equivocábais, amigo, está aquí.

Ernes. (*Saliendo.*) Pronto, Domingo, es necesario....—¡La Condesa! ¡Ah Señora! ¡que felicidad la mia; cuando cansado de ver caras diplomáticas, hallo al volver á casa tan feliz contraste!

Cond. Mandad que se retire ese hombre.

Ernes. Domingo, dejadnos solos. (*Aparte á Domingo.*) Tenme listo el coche. (*Váse el criado.*) Con que señora, ya que todas nuestras diligencias se ven terminadas, y terminadas dichosamente, ¿cuándo es mi casamiento?

Cond. Eso es lo que venia á preguntaros en nombre de Angela.

Ernes. (*Soltando la mano de la Condesa.*) ¡Ah!

Cond. Mi hija os ama.... vos la amais tambien....

Ernes. ¿Yo?

Cond. Pues si no la hubiéseis amado ¿qué sería, qué nombre merecería vuestro proceder con ella? y si despues de ese proceder no fuéseis su esposo, ¿qué sería entónces vuestra repulsa?

Ernes. Pero, señora, despues de lo que habíamos tratado vos y yo....

Cond. Nada habíamos tratado, caballero.... ó yo lo he olvidado todo.

Ernes. Señora....

Cond. Lo que sé es, que tratásteis con mi hija que me pediríais su mano: me la habeis pedido y os la doy.

Ernes. Es que no es fácil que yo....

Cond. (*Levantándose.*) ¿Que no es fácil? ¿que cumplais con el deber de hombre honrado? ¿y en qué estriba la dificultad? en que somos dos mugeres ¿no es cierto? en que no tenemos ni padre ni marido que nos defiendan. ¡Esa respuesta me dais, cuando habeis deshonrado á una criatura que ignoraba lo que era el deshonor!

Ernes. Pero, señora, despues.... otro amor que creí correspondido....

Cond. No sé de que hablais, caballero.

Ernes. Veo que es forzoso hablar claro, y voy á hacerlo. Yo no puedo casarme con Angela.

Cond. Ya.

Ernes. Mis esperanzas, mis proyectos....

Cond. ¡Miserable!

Ernes. ¡Señora!

Cond. ¡Vuestras esperanzas! ¡vuestros proyectos! ¿y quién os los ha realizado hasta aquí? ¡Ah! mia es toda la culpa; pero ¿quereis que mis remordimientos duren toda mi vida? ¿que me conduzcan al sepulcro entre la desesperacion y el llanto? Porque yo soy,

sí señor, yo soy la sola causa de la desgracia de mi hija.... yo, que en cierto modo me interpuse entre ella y vos. Bien presente tengo nuestra primera conversacion, bien presente. Ibais á pedirme su mano; y yo como una loca, como una insensata, os descubro mis proyectos.—¿Quién habia de sospechar tampoco? Yo hubiera debido adivinar todo esto; ó mas bien hubiera debido, como es obligacion de una madre, velar sobre mi hija, no perderla un instante de vista, olvidarme de mí por ella.... No lo hice, y por esto mi hija se ha perdido, y me he perdido yo.

Ernes. ¡Perdido!

Cond. Sí, si es que resistis á mis lágrimas.... Y no tengo mas que lágrimas en mi auxilio, porque yo no puedo violentar vuestra voluntad. Yo no puedo mas que arrojarme á vuestros pies, besar el polvo que pisais, y gritaros con los sollozos y gemidos de un corazon dilacerado: volved el honor á mi hija; casaos con mi hija. Y si vos me rechazáseis, que sería horroroso, no podría hacer mas que coger á mi hija en brazos, y llevarla lejos de las gentes á cualquier rincon, á cualquier retiro donde pudiésemos ocultar nuestras penas. Esto, esto es todo lo que puedo. Bien lo sé, señor, bien lo sé, y por eso mi desesperacion es tan grande.

Ernes. ¡Oh señora! vos exagerais....

Cond. ¿Qué? ¿nuestra desgracia? Tal vez la de mi hija, porque es la menos culpable de las dos, y por consiguiente la menos infeliz; pero ¡yo....! ¡Ver á una hija de diez y seis años excluida de la sociedad, como si la hubiesen vestido ya la mortaja, maldiciendo el dia en que nació, y la madre que la dió á luz, y decirse una llorando: por mí es todo, por mí, que soy su madre! Señor, señor, si

exagero mi mal, decidme si le hay, si le conoceis mayor.

rnes. Sí, sé que la fatalidad nos impele....

nd. ¿Y vuestro hijo, señor? ¡Pobre criatura! que sin pedir la vida nació.... y nació en la afrenta, para vivir en la afrenta; que está condenado por vos á una vida sin porvenir; que avergonzará á su madre y se avergonzará de ella. ¡Oh! en nombre de este niño, de este hijo.... Dios ha querido que el hombre mas desapiadado tuviese entrañas de padre. Vos os conmovereis. ¡Triste de mí! Yo tenia razones tan poderosas que deciros antes de veros, y ahora que os veo, solo tengo llanto. Tened compasion de nosotras, Ernesto, tenednos compasion, y el Señor os bendecirá. ¡Dios santo! ¡Dios bueno! dadme aquellas palabras, aquel acento que persuade, que arrastra. ¡Dios mio! postrada os lo pido.

rnes. Pues bien, Señora.... veamos....

ond. Sí, sí, veamos: ¿qué quereis? ¿qué deseais? Yo me retiraré á un convento, yo os abandonaré los bienes que tengo: pagareis mi dote, y nada mas.

rnes. ¡Oh! eso....

nd. Sí, yo sé que un hombre necesita caudal, y hareis bien en aceptar lo que os ofrezco. Yo no necesito nada, nada ya.

rnes. Se acabó; perezcan mis proyectos ambiciosos. Señora, subid á mi coche, id á casa del notario que os sirve, traedle aquí; y si os dignais concederme la mano de Angelita....

nd. ¿Qué decís? ¿es verdad?

rnes. Digo, madre mia, que estoy pronto á ser su esposo.

nd. No sois un hombre, sois un ángel. Dejaos besar las manos; dejad que abrace vuestras ro-

dillas. ¡Hija de mi corazon! nada tendrás q echar en cara á tu madre. ¡Oh! señor! seño que de gracias os doy!

Ernes. No perdais un instante; id.

Cond. Sí, sí: adios. (*Váse: Ernesto la sigue c la vista hasta que desaparece.*)

Ernes. (*Volviendo vivamente al proscenio y ll mando.*) — Domingo, Domingo.

Dom. Señor.

Ernes. Un carruage de alquiler, el primero q halles.... Y á la casa de postas volando.

Dom. ¿Nos vamos?

Ernes. Al instante, en el momento: corre. (*Vá se Domingo. Ernesto se queda parado.*) ¿I llamo? revoco la órden? ¿Qué desusado ten blor es este que se apodera de mí? ¿no f mas concebirlo, que ejecutarlo? ¡Yo remord mientos! ¡Mal haya el ministerio que se ret ra! ¡Mal haya la hora en que ví á esas mu geres! ¿Cuál será su desesperacion? Si pien en esto, me doy un tiro. Huyamos. ¿Qué m falta? Tengo oro, billetes, el pasaporte.... ¡Al el nombramiento. (*Corre á su cuarto.*)

ESCENA IV.

ENRIQUE, *y luego* ERNESTO.

Enri. ¡Infame! (*Cierra la puerta del fondo, se guarda la llave. Llégase á la mesa, escrib unos renglones en un papel, y luego se sienta e una silla.*) Ahora nos toca á los dos.

Ernes. (*Sale precipitado, vá á la puerta, ti de ella violentamente, vuélvese, y vé á Enr que.*) ¡Ah! (*Míranse los dos personages co*

una expresion progresiva de cólera; despues Ernesto se dirige á Enrique, y le dice friamente.) ¿Qué arma manejais, caballero?

Enri. ¡Ola! ¿adivinais para qué estoy aquí?

Ernes. Lo adivino, y os lo agradezco. Por fin hallo un hombre. Ya estaba harto de lidiar con mugeres, y me alegro mas de que seais vos el que se me presente, porque me sois tan insufrible, como yo os lo puedo ser, y acaso estoy tan cansado de la existencia, como de vos: con que ó me matais, ú os mato. Poco me importa uno ú otro; porque si no me libro de vos, me libraré de la vida.

Enri. ¿Con que la vida os cansa? ¿A vos para quien ha sido una série casi no interrumpida de placeres? ¿á vos, en quien el éxito ha seguido siempre al designio? ¿á vos para quien cortos reveses han sido preludios de mayor prosperidad? ¿á vos, que entre damas y honores, entre el apetito satisfecho y la ambicion lisonjeada apenas habeis podido tener momentos para el pesar? ¡á vos os cansa la vida! O mentís, y entonces sois un fanfarron que aparenta menospreciar lo que teme perder, ó si decís verdad.... ¡infeliz! infeliz de vos! A despecho vuestro, con desdoro de la decantada doctrina de inmoralidad, del impío sistema de egoismo que, como muchos, habeis abrazado, conoceis que sin la virtud no hay placer, y que el crímen, ni aun en este mundo, se exime del castigo.

Ernes. ¿Cuál es vuestra arma, os pregunto? la espada? la pistola? pronto.

Enri. Mi brazo apenas puede sostener un acero, mi vista es débil, mi pulso tiembla. Yo quiero haceros frente, sí, pero no como víctima, sino como enemigo.

Ernes. Pues bien, ¿qué condiciones quereis? Igua-

lad el combate, si es posible: yo á todo me avengo, á todo, con tal que terminemos pronto.

Enri. De dos pistolas carguemos una; fuego á boca de jarro, y uno de nosotros dos sin remedio cae. De este modo desaparecen las ventajas de la habilidad y la fuerza: Dios decide, Dios.... y Dios es justo.

Ernes. Bien, bien. ¿Y los testigos?

Enri. Pasarémos sin ellos.

Ernes. ¿Y la acusacion de asesinato?

Enri. Esto la destruirá. (*Le dá el papel que escribió.*)

Ernes. (*Leyendo.*) «Fatigado de la vida, me la he »quitado. No se acuse de mi muerte á nadie."

Enri. Si muero me hallarán este papel.

Ernes. Está bien. Pongo otro igual. (*Lo hace, y lo guarda.*) — Ahora al bosque de Boloña.

Enri. No hay necesidad. Ahí tenemos un jardin.

Ernes. ¿Aceptais mis pistolas?

Enri. Sin ningun reparo.

Ernes. Voy por ellas.

Enri. (*Deteniéndole.*) Poco á poco, ¿no tiene dos salidas este cuarto?

Ernes. (*Mirándole con ira.*) Aunque tuviese ciento, seguro está que salga sino por donde vos.

Enri. Pues aquí os aguardo. (*Váse Ernesto.*)

ESCENA V.

ENRIQUE, *y despues* ANGELA.

Enri. Dios justo, bien sabeis que no quiero, que no pido la vida, pero hacedme antes de morir instrumento de vuestra venganza, y bendeciré vuestro nombre.

Ang. (*Entreabriendo la puerta.*) ¡Enrique! ¿sois vos?

Enri. ¡Angela!

Ang. Mi madre me ha dicho que hable con vos mientras iba ella á buscar un notario. ¿Con qué está decidido todo?

Enri. (*Aparte.*) ¡Desventurada!

Ang. Así á vos, Enrique, á vos deberé ser á lo menos madre feliz, ya que no sea feliz esposa.

Enri. ¡Ya que no seais feliz esposa, Angela! Pues ese matrimonio ¿no hubiera labrado vuestra felicidad?

Ang. ¡Ay! la felicidad fué el ángel custodio de mis primeros años, y huyó con ellos.

Enri. Con todo, Angela, el amor dá la dicha.

Ang. (*Con amargura.*) ¿Y creeis que Ernesto me ama?

Enri. Pero le amais vos.

Ang. Enrique.... Si el deshonor hubiera sido para mí sola, si al caer su mancha sobre mí no hubiese salpicado á mi madre y mi hijo....

Enri. ¿Qué?

Ang. Os lo juro, amigo mio, hubiera preferido el deshonor y aun la muerte misma á ser muger de ese hombre.

Enri. ¿Qué decís, Angela?

Ang. Que no tengo mas que un instante para llorar, que no tengo más que un amigo á quien confiarme. El instante es este, el amigo sois vos. Me ahogan las lágrimas, Enrique. ¡Oh! dejadme llorar.

Enri. Sí, Angela, llorad, llorad.

Ang ¡Que doloroso porvenir me promete ese hombre, si he de juzgar por lo pasado!

Enri. Y sin embargo, ¿habeis podido amarle, vos tan cándida y pura? Ninguna voz sobrehumana

os advirtió que os tapáseis los ojos, que echáseis candados al corazon, cuando ese espíritu infernal se acercaba á vos.

Ang. Sí, no blasfemeis del cielo. Fascinamiento fué, no amor.

Enri. ¿Vos, Angela, vos no le habeis amado nunca? ¡No puede ser!

Ang. Desde hoy solo veo claro en mi pecho, desde que mi madre me ha revelado ese fatal secreto....

Enri. ¿Cuál?

Ang. Nunca le sabreis, Enrique, porque no es mio. Sí, desde que he sabido ese secreto, me ha parecido que se me caía una venda de los ojos. Mi desgracia fué efecto de un encanto, de un prestigio, de una sorpresa.... pero, os lo repito, sí, siento aquí que jamas le he amado, y me envanezco de ello.

Enri. (*Cayendo en una silla.*) ¡Dios de bondad! ¿no soy harto infeliz? ¿no era bastante cruel mi martirio?

Ang. ¡Qué decís, Enrique!

Enri. ¡Nunca le ha amado! ¡nunca le amó! ¿Con qué hubiera podido amarme?

Ang. ¡Qué escucho!

Enri. ¡Dios mio! ¿me habeis elegido para sufrir todos los géneros de desesperacion? Me habeis mostrado la vida, y me la quitais, me mostrais el amor, y me lo quitais tambien. Esto es mas que puede soportar un hombre, mi Dios. Dejadme quejar hoy, y os pediré perdon mañana. Piedad, Señor, piedad.... ó muerte.

Ang. ¡Enrique!

Enri. Sola una hora de amor suyo.... una hora, Dios benigno, que aun me podíais conceder.—¿Era mucho una hora de felicidad en mi vida de infierno?

¡Moriría tan dichoso, solamente con que me hubiese dicho una vez: Enrique, yo te amo! Porque yo os amaba Angela, yo os amaba con delirio, con frenesí, y he encerrado este amor en mi pecho, y le he dejado que me devore el corazon. ¡Ay Angela! ¡Angela! (*Sollozando.*)

Ang. Enrique, ¿olvidais que voy á ser esposa de Ernesto?

Enri. No, no lo permitirá Dios.

Ang. ¿Cómo? (*Sale Ernesto.*)

Ernes. Aquí estoy. (*Hablan aparte los dos.*)

Enri. Mucho habeis tardado, muchísimo.

Ernes. Estaban las pistolas en mi maleta, y he tenido que cargar una.

Enri. ¿La habeis cargado vos?

Ernes. Y vos elegireis.

Enri. Bien. (*Yéndose.*)

Ang. ¿Adónde vais?

Enri. (*Volviéndose.*) Angela, rogad al cielo.

Ang. ¿Por quién?

Enri. Por vos. (*Vánse los dos aceleradamente.*)

ESCENA VI.

ANGELA, *y despues la* CONDESA *y un notario.*

Ang. ¿Qué significan estas palabras? ¿á qué van juntos? ¡Que no permitirá Dios sea yo esposa de Ernesto! ¿Pues ha olvidado que no hay medio para mí entre la desgracia y el vilipendio? (*Salen la Condesa y el notario.*) Madre, madre, venid.

Cond. Aquí, señor notario. Mesa y recado teneis, estended la escritura. (*El notario se sienta y escribe.*) ¿Has visto á Ernesto?

Ang. Solo un instante.

Cond. ¿Dónde se halla?
Ang. Ha salido con Enrique.
Cond. ¿Iban juntos?
Ang. Y muy animados, madre.
Cond. ¿Si habrán tenido algun choque?
Ang. Recelo que sí.
Cond. ¡Qué es lo que dices! (*Oyese un pistoletazo.*)
Ang. ¡Ay, madre!
Cond. ¡Un tiro!

ESCENA VII.

DICHOS. ENRIQUE.

Enri. (*Subiendo con fatiga la escalera del jardin.*) ¡Aquí vos, aquí el notario! (*Tomando y viendo la escritura.*) ¿No habeis escrito aún el nombre del novio? Poned, Enrique Muler.
Ang. ¡Cielos!
Enri. Y añadid, que reconoce á su hijo.
Cond. ¿Qué es esto, Enrique?
Enri. (*A media voz.*) Que tambien esta vez os engañaba ese malvado.
Cond. ¿Partió?
Enri. Murió.
Ang. ¡Dios de justicia!
Enri. Angela, habia un hombre en la tierra, cuya presencia os causaba rubor: yo os he librado de él.
Ang. Hay otro, Enrique, hay otro que lo sabe todo, y á quien tampoco me atreveré á mirar.
Enri. Pronto morirá tambien ese testigo.

FIN.